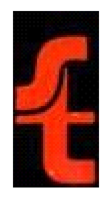

BRUGUERA
BOLSILIBROS
TERROR
Selección TERROR
Ada Coretti
LOS MUERTOS QUIEREN VIVIR



SELECCION
TERROR

LOS MUERTOS QUIEREN VIVIR

ADA CORETTI



Colección
SELECCION TERROR n.° 556
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

551 —El cuervo rojo, *Clark Carrados.*
552 —El faro del terror, *Joseph Berna.*
553 —Sangriento carnaval, *Curtis Garland.*
554 —El reino de los infiernos, *Lou Carrigan.*
555 —Broma de carnaval, *Ralph Barby.*

ISBN 8402 025064
Depósito legal: B. 29.2201983
Impreso en España Printed in Spain
1ª edición en España: octubre, 1983
1ª edición en América: abril, 1984

© Ada Coretti — 1983 texto
© Desilo — 1983 cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Camps y Fabrés, 5.
Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallés (N152, Km 21,650)
Barcelona — 1983

CAPÍTULO PRIMERO

AQUEL sótano estaba lleno de telarañas.

Y allí, colgada por las muñecas, una muchacha rubia, medio desnuda, desorbitaba los ojos de pavor ante el final inapelable que le esperaba.

Pero ese final, pese a todo, ella iba a poder elegirlo.

Así acababa de decírselo el hombre alto, delgado, de cabello blanco y barba entrecana. De ojos oscuros, magnéticos, hipnóticos.

—O como tu amiga… —había indicado el otro extremo del sótano —, o atravesada dos veces por esta horca… Te concedo el lujo de elegir…

La voz de aquel hombre, opaca y tenebrosa, se había entremezclado con los truenos que retumbaban en el exterior. También con el ruido persistente de la lluvia y con el bramar del huracanado viento.

La horca estaba allí cerca, dispuesta a ser cogida. Y los ojos de la infeliz muchacha rubia se desencajaban ante aquellas cuatro púas de hierro que, clavadas dos veces en su cuerpo, habían de significar ocho terribles heridas.

Sin embargo, mirar hacia el otro extremo del sótano resultaba aún más espeluznante. Porque en ese lugar, metida en una enorme olla, hervía su mejor amiga.

Hervía, sí, ésta es la palabra exacta. No cabe encontrar otra más apropiada.

El hombre demoníaco la había metido allí, encadenándola. Luego había llenado de agua el recipiente. Después había encendido los leños que se amontonaban bajo la olla. Y el agua había empezado calentándose, ante los gritos estremecedores y horripilantes de la desdichada víctima. Una víctima que había acabado desvaneciéndose.

El hombre alto, delgado, de cabello blanco y barba entrecana, terminó alejándose de la muchacha rubia colgada por las muñecas y dirigiéndose hacia la olla, cuya agua ya no hervía porque el fuego se había consumido.

Sacó uno de los brazos de la muchacha y se echó a reír como si fuera el mismísimo demonio al ver que la piel se le despegaba a tiras. Incluso cogió uno de esos jirones de piel, alzándolo en el aire, mostrándolo como un trofeo de guerra.

Después, el hombre se apoderó de la tapadera de la olla que se hallaba allí cerca y la colocó en su sitio. De este modo dejó de quedar visible el cuerpo de la muchacha.

El hombre seguía riéndose, mientras refulgían cada vez más sus ojos magnéticos e hipnóticos.

Terminó acercándose de nuevo a la muchacha que se hallaba colgada por las muñecas. Le preguntó:

—¿Qué has decidido? ¿De qué modo prefieres morir…?

—¡Apiádese de mí! —exclamó la muchacha, sintiéndose dominada por la impotencia, por la exasperación, por el desespero—. Yo no le he hecho ningún daño…

—Sí, me lo hiciste, lo mismo que tu amiga. Me llamaste viejo…

—No quise ofenderle —contestó ella—. Lo dije sin pensar… Le ruego que me perdone…

—Lo hiciste para herirme —su tono de voz seguía siendo opaco y tenebroso—. Tú eres joven, bonita, y quisiste burlarte de mí…

—No, no… Le aseguro que no… —había tal terror en la muchacha que de su garganta sólo salía un estremecedor y angustioso balbuceo.

—¡Basta ya de palabras! —barbotó el hombre—, ¡Elige de una vez la muerte que prefieres!

—No, no me obligue a elegir… Yo quiero vivir… Tengo derecho a la vida.

—¡Elige de una vez! ¡Me estás agotando la paciencia!

Seguían retumbando los truenos. Y también seguía oyéndose el sonido de la persistente lluvia y el bramar del huracanado viento.

—Seré cariñosa con usted… Haré todo lo que usted quiera pedirme… Todo…

—Lo mismo me ofreció tu amiga. ¡Date cuenta de lo que le ha servido…! Sí, ya es tarde para rectificar… ¡Decídete, muchacha de todos los demonios!

La rubia muchacha colgada por las muñecas comprendió que había llegado el momento. ¡Un momento horripilante, pavoroso! Pero no le quedaba otra alternativa.

—Prefiero… prefiero… —y las palabras se apelotonaban, se hacían un nudo horrible en su garganta.

—¡Di de una maldita vez lo que prefieres!

—La… la… horca —dijo.

El hombre alto y delgado, de cabello blanco y barba entrecana, no vaciló un instante. Ni tan siquiera un instante.

Cogió la horca por el mango, con fuerza, y se volvió hacia su nueva víctima, que se había puesto a gritar como una verdadera posesa, como una auténtica loca.

—Si te la clavo dos veces y no mueres, respetaré tu vida —le prometió el hombre—, A lo mejor tienes suerte… Aunque ya me encargaré yo de que no la tengas —mascculló entre dientes.

La muchacha rubia no dejaba de gritar.

El hombre, de pronto, amarró aún con más fuerza el mango de la horca y lo impulsó furiosamente hacia adelante.

Las púas de hierro se incrustaron espeluznantemente en el casi

desnudo cuerpo de la muchacha rubia, atravesándolo de parte a parte. Surgieron cuatro chorros de sangre. Una sangre roja, viscosa, que alcanzó al hombre que se había convertido en su verdugo.

Las púas habían atravesado la piel, rasgando aterradoramente la carne. Se había visto perfectamente.

El hombre recuperó la horca, esta vez tras haber impulsado hacia atrás el mango.

Y de nuevo acometió a la muchacha, que había dejado de gritar, pero que desorbitaba y desencajaba aún más sus ojos. Ahora mostraba un rostro terriblemente crispado por el dolor.

Otra vez las púas traspasaron la piel, rasgaron la carne, se incrustaron en el joven cuerpo femenino. Otra vez quedó atravesada de parte a parte, surgiendo aparatosos chorros de sangre.

Cuando el hombre recuperó la horca, el crimen había quedado ya consumado. La muchacha había doblado las rodillas y abatido la cabeza, dejando de existir.

Hasta aquí, lo que era para erizar los cabellos a cualquiera. Incluso al mejor preparado para soportarlo.

Después, lo insólito, lo increíble, lo inaudito.

El hombre se dirigió hacia la olla, destapándola… ¡Y allí dentro no había nada, ni agua ni muchacha!

No, no había nadie. Y quedó claro cuando tumbó la olla y demostró que se hallaba total y absolutamente vacía.

Seguidamente, el hombre se dirigió a la muchacha rubia colgada por las muñecas, con ocho pavorosas heridas en su cuerpo. Desgarradas y atroces heridas que seguían rezumando sangre.

Soltó las cuerdas que la sujetaban por las muñecas y la muchacha se desplomó en el suelo. Pero sólo por unos segundos. Enseguida se levantó, ligera y sonriente.

*

El público se puso a aplaudir con absoluto entusiasmo. El número había resultado realmente impresionante. Desde luego había valido la pena haber pagado por presenciar aquella función.

No obstante, más de uno de los presentes se había quedado excesivamente excitado. Todo aquello había parecido tan veraz que costaba creer que no hubiera sido cierto.

Sobre todo… cuando las púas de la horca se incrustaron en el cuerpo de la muchacha, traspasando la piel, rasgando la carne. Sobre todo… cuando todos vieron cómo de esa carne rezumaba la sangre.

Una de las señoras que se hallaba en primera fila no pudo menos de comentar:

—Para mí, que esa muchacha rubia ha estado muerta de verdad…

CAPÍTULO II

ESTO sucedió en la localidad de Kiddppon, a donde fue a parar aquella compañía de teatro en su gira por el norte de Inglaterra.

Y hasta aquí, nada en realidad de extraordinario. Es sabido que ciertos espectáculos conllevan esa clase de sobresaltos, de emociones.

Pero sucedió que Orson Wyn, el artista que llevaba a cabo tal número fue una noche al bar Estrella de Plata. A tomarse un par de copas.

Se sentó en una mesa algo apartada y puso de su parte para no llamar la atención de nadie.

Sin embargo, la curvilínea y pelirroja Donna, que no hada mucho se había casado con el dueño de aquel bar, le reconoció.

—¡Usted es Orson Wyn! —exclamó alborozada—. ¡Encantada de conocerle! ¿Quiere firmarme un autógrafo?

El aludido torció el gesto.

Era físicamente tal y como se le veía en el escenario. Un hombre alto y delgado, con el cabello blanco y la barba entrecana, con unos ojos oscuros de mirada magnética, hipnótica.

Pocos instantes después, Orson Wyn tenía a varias personas a su alrededor.

—¡Oh, son los suyos unos trucos estupendos! —afirmó cierto parroquiano que llevaba la camisa a cuadros.

—Mete a la muchacha en la olla y la hace hervir, incluso le saca la piel a tiras, y luego, ni agua, ni muchacha… ¡Fantástico! —aseguró otro de los que se habían acercado a su mesa.

—¿Me firma un autógrafo, por favor? —insistió de nuevo Donna, la curvilínea y pelirroja dueña del bar.

—Claro que sí —dijo Orson Wyn, pero continuaba con el entrecejo fruncido.

Hubiera preferido no ser reconocido. Le molestaba la expectación que había despertado.

—Y no digamos del otro truco —dijo el parroquiano que había hablado antes, el de la camisa a cuadros—. Atraviesa a la muchacha dos veces seguida con la horca. Cualquiera juraría que lo hace… Y, sin embargo, poco después, la muchacha se levanta del suelo sana y salva… ¡Maravilloso! ¡Un truco sencillamente maravilloso!

Fue entonces cuando se crispó violentamente la expresión de Orson Wyn, al tiempo que sus ojos refulgían como auténticas ascuas.

—¡Lo de la muchacha rubia no es un truco! —exclamó, y se había puesto en pie, dando un ruidoso manotazo sobre la mesa—, ¡No es un truco!

—¿Cómo dice…? —le preguntó Donna, desconcertada,

pestañeando.

—Lo que he dicho —ratificó Orson Wyn.

—Supongo que no querrá hacemos creer —ironizó un hombre que estaba sentado en la mesa de al lado—que cada tarde y cada noche mata de verdad a la muchacha rubia…

—Sí, la mato —aseguró Orson Wyn, rotundo, categórico—. Pero mi poder mental, mi fuerza psíquica, consiguen, al final del número, que vuelva a la vida.

—Eh, oiga, amigo… —dijo el parroquiano de la camisa a cuadros —. Si pretende impresionarnos…

—No pretendo nada —aseguró Orson Wyn, y volvió a sentarse—. Me limito a responderles.

—¿Debemos creer, pues, que posee usted poderes sobrenaturales…? —inquirió seguidamente Bruce Belsey.

Acababa de abandonar la barra y de acercarse. Era el dueño del bar, el marido de la curvilínea y pelirroja Donna. Un hombre de unos cuarenta y tantos años, que cojeaba al andar.

—Poseo el poder de volver a la vida a los muertos —afirmó Orson Wyn—. Aunque nadie suele creerme, y lo sé…

—¿Cómo quiere que le crean? —protestó Bruce Belsey—. ¡Esos poderes no existen! ¡No han existido nunca!

—Ya veo que son todos ustedes muy incrédulos, muy escépticos —dijo Orson Wyn tras echar una ojeada a los que le rodeaban—. Ya veo que no creen en…

—Yo acabo de leer un libro —intervino un jovencito que desde el primer momento había estado muy pendiente de aquella charla—en que se alude a la llamada a los espíritus, a las percepciones extrasensoriales, a las visiones de acontecimientos que no han sucedido aún…

—Yo no me he referido a nada de eso, aunque de todo eso hay en mi vida —puntualizó Orson Wyn—, Yo sólo he aludido al hecho contundente, irrebatible y demostrable, de que yo puedo volver a la vida a un muerto.

—¿Ha dicho demostrable…? —inquirió Bruce Belsey.

—Sí —afirmó Orson Wyn, con la misma voz opaca y temblorosa que usaba en el teatro.

Dicho esto volvió a mirar a los que le rodeaban. Esta vez con fijeza, por lo que resultó estremecedora la intensidad magnética e hipnótica de sus ojos.

Tan realmente estremecedora, y a la vez tan terriblemente inquietante, que sin necesidad ni precisión de más se apartaron de su mesa aquellos que antes se habían acercado. A excepción de Bruce Belsey y de su esposa Donna.

—¿Pretende decimos, asegurarnos, que usted puede…? —Bruce

Belsey no terminó la frase, bastante asustado.

Siempre que su esposa se hallaba delante se esforzaba por dárselas de decidido, de enérgico, incluso de valiente si el caso se terciaba. No quería causar mala impresión a la muchacha que había tenido la suerte de conquistar. Pero a pesar de sus buenas intenciones, no hacía falta ser muy listo para darse cuenta de que Bruce Belsey no tenía talla de héroe. Desde luego, su cojera no contribuía a darle aspecto de persona idónea para grandes gestas.

—Sí, yo puedo hacer lo que he dicho —afirmó Orson Wyn, alzando con gesto vanidoso su cabeza de cabello blanco y barba entrecana.

—Pero los muertos… —empezó a decir Donna, muy temblorosa e insegura su voz.

—Los muertos quieren vivir —dijo el artista—. Desean ansiosamente dejar sus estrechos y oscuros nichos, sus angostas y tétricas sepulturas, el cementerio desolado y sombrío que les cobija… Sí, desean volver al mundo de los vivos, donde tan felices o tan desgraciados fueron… Como sea desean volver… Así que, cuando se les llama con fuerza, con dominio, con verdadero poderío, se consigue sacarles de donde están, atraerlos de nuevo… Pero, claro, ustedes no creen en el poder absoluto de la mente humana…

—No, no creemos —osó decir Bruce Belsey.

—Pues yo tengo ese excepcional, ese sobrenatural poder, y me enorgullece el decirlo —reafirmó Orson Wyn—. La verdad es que prefiero pasar desapercibido, pero si se da la circunstancia y se menciona el caso, no, nunca niego mis poderes. Sería como negarme a mí mismo.

—Pero ese poder, ¿lo ha demostrado alguna vez fuera del teatro, fuera del escenario? —preguntó Donna—, Supongo que no…

—Supone mal —aseguró Orson Wyn.

—¿Quiere decir que usted…?

—Sí —afirmó el artista.

En aquel momento, un joven de unos veinticinco años se levantó de su silla y se acercó a Orson Wyn. Llegó tambaleándose, pues estaba bastante bebido.

—¿Quiere repetirme lo que ha dicho…? Me parece que he oído mal —y se quedó allí, plantado, esperando.

—No ha oído mal —sentenció Orson Wyn—, Yo puedo volver a la vida a los muertos…

—Pues me gustaría que me lo demostrara, ¿sabe? —y como debió considerar que su estabilidad no era la debida, se dejó caer en la otra silla de la mesa—. Con su permiso…

—Pero, bueno —protestó Orson Wyn—, yo he venido a tomarme tranquilamente un par de copas.

—¿Qué pasa…? —preguntó escéptico el joven de unos veinticinco

años—. Decirlo cuesta poco y hacerlo mucho, ¿eh? Lo que me imaginaba.

—¡No consiento que nadie tome a chacota mis poderes sobrenaturales…! —barbotó Orson Wyn—, De todos modos, no puedo trabajar sin exigirme a mí mismo un gran esfuerzo… No puedo, pues, trabajar en exceso… Acabaría enfermo…

—Si puede llevar a cabo dos representaciones diarias —ironizó el joven—no veo porqué no ha de poder…

—He decidido dejar la compañía —fes informó Orson Wyn—y tomarme un descanso, lo necesito física y mentalmente. Incluso he pensado en quedarme aquí. Kiddppon me ha parecido una localidad tranquila, agradable.

—Ah, pero ¿se va a quedar aquí? —inquirió Bruce Belsey, no excesivamente satisfecho.

—Aquí o en cualquier otro lugar. Ya veré.

—Pero de todo lo dicho, expuesto y afirmado por usted, ¿qué queda…? —preguntó el joven, inclinándose sobre la mesa—. ¿Puede o no demostrarme que es capaz de…?

Ese joven se llamaba Rod. Era el hijo único de la señora Hollman, la propietaria de la boutique más elegante de la localidad. El negocio era bueno, daba sustanciosas ganancias y el joven Rod siempre llevaba muy bien forrada la cartera.

De ello que, hasta no hacía mucho, sus amigos le tuvieran envidia. No, ya no le envidiaban.

Unos cuatro meses atrás, llegaron a Kiddppon un padre y una hija, alquilaron una casita y se quedaron a vivir allí.

El padre estaba bastante delicado de salud. En cuanto a la hija, era la muchacha más guapa que Rod Hollman había visto en su vida. Se enamoró de ella. Se enamoró perdidamente.

Jacqueline, que éste era el nombre de la muchacha, tenía la silueta espigada, juncal. Y los ojos verdes, maravillosos.

En realidad, no fue Rod Hollman el único que se entusiasmó con ella. También un tal Leo Menneng, un joven que trabajaba en la gasolinera situada a la salida de la localidad, perdió el buen sentido por la muchacha.

Por lo cual empezó una reñida pugna, una inevitable rivalidad, entre aquellos dos hombres que, dicho sea de paso, terminaron odiándose con toda su alma.

Pero todo aquello había de concluir del modo más inesperado y también del modo más triste.

Jacqueline cogió una pulmonía Y tres días después, sólo tres días después, el viejo doctor Dooper, que era el que la atendía, firmaba su certificado de defunción. No hubo nada que hacer por aquella muchacha que había cautivado a cuantos la conocieron.

El padre de la muchacha se quedó hundido, quebrantado. Aquel golpe resultó demasiado duro para él. Algunos, incluso, llegaron a temer que su delicada salud no lo resistiera y que siguiera a su hija.

No fue así, pues consiguió rehacerse. Aunque sólo un poco, Lo suficiente, empero, para comprender que no podía quedarse solo y que debía reunirse con una hermana suya que vivía en Londres. El hombre, pues, se fue de Kiddppon.

Para muchos, un tiempo después, era como si nada hubiera sucedido.

No así para Rod Hollman, que no pudo resistir su infinita pena y se dio a la bebida. De ello que, desde entonces, se le viera dando tumbos.

Su madre no sabía qué hacer para apartarle de la bebida. Sabía que si no cambiaba de actitud iba a arruinar su vida.

A Rod Hollman no parecía importarle demasiado lo que pudiera ser de su vida y seguía sin hacer caso a su madre. Ni a nadie.

Sólo daba la impresión de reaccionar cuando se encontraba con Leo Menneng. Entonces se le ponía delante y le gritaba:

—Ella me quería a mí, ¡a mí! Nunca hubieras conseguido que fuera tu esposa.

Leo Menneng por su parte, procuraba rehuirle, no dar pie a posibles disputas. Disputas que ya no tenían razón de ser. Jacqueline estaba muerta.

*

—En conclusión —repuso Rod Hollman—, ¿va a demostrarme o no de lo que es capaz…?

—Si tanto insiste, ¿por qué no? —fue ésta la respuesta de Orson Wyn, y sus ojos volvieron a refulgir como ascuas.

—¿De veras? —Rod Hollman no creía que estuviera dispuesto a pasar de las palabras a los hechos.

—Sí, de veras —afirmó.

—¿Cuándo…? —había de preguntar.

—Cuando usted quiera.

—¿Ahora…? —quiso saber.

—Por mí no hay el menor inconveniente.

—¿Aquí…? —insistió.

—Cualquier lugar es bueno.

—Eh, oiga —intervino Bruce Belsey—, éste es un local donde se sirven bebidas y donde los clientes vienen a pasarlo bien. No quiero que asuste a nadie.

—Déjale —intervino su esposa Donna—, no creo que vaya a hacer nada malo.

—No estoy muy convencido —rezongó el marido.

—Bueno, veamos, ¿qué va a hacer usted? —y Rod Hollman se encaró con el artista. —Ante todo —repuso Orson Wyn—necesito saber lo que usted desea que yo haga.

—Se lo voy a decir enseguida. ¡Que Jacqueline vuelva a la vida! ¡Que deje de estar muerta! —exclamó Rod Hollman,

—¿Quién es Jacqueline? —preguntó Orson Wyn—, O mejor dicho, ¿quién era…?

El joven se lo explicó.

—Y usted desea…

—¡Que vuelva a este mundo! ¡Que deje de estar muerta! —volvió a exclamar, esta vez entre sollozos.

Tras un silencio tenso, electrizante, en el que nadie se atrevió ni a respirar, se oyó la voz opaca y tenebrosa de Orson Wyn que decía; —De acuerdo.

Pasados unos segundos hizo constar que resultaban inevitables ciertos requisitos. Como, por ejemplo, que se apagaran las luces. Que se quedaran entre sombras.

—¿Y eso para qué? —se asustó Bruce Belsey, el dueño del bar—. ¿Va a ser ésta, acaso, una sesión de espiritismo…?

—En tal caso —dijo el parroquiano de la camisa a cuadros, que desde hacía bastante rato no decía nada—tendremos que cogernos de las manos, ¿no es eso?

—No tienen que hacer nada que yo no les diga—repuso Orson Wyn —. Por lo demás, si quieren que desempeñe bien mi trabajo, deben callar… De lo contrario…

—En el teatro no necesita estar a oscuras —te recordó la pelirroja Donna.

—Este caso es distinto. A esa muchacha, a esa tal Jacqueline, no la conozco, no la he visto nunca… Necesitaré concentrarme más y más en mi poder mental, más y más en mi fuerza psíquica…

—Todo esto no me gusta nada —dijo Bruce Belsey—, ¿Por qué no se va a otra parte con su experimento…?

Pero sus clientes, que en realidad no eran muchos, unos intrigados, otros escépticos y algunos quizá impresionados, no deseaban perderse aquello. Prometía ser todo un espectáculo. Y barato. No iba a costarles nada.

—Déjale, hombre… —intervino uno de los clientes, alzando la voz, dirigiéndose al dueño del local.

—Claro, déjale… —dijo a su vez el parroquiano de la camisa a cuadros. Este añadió—: Sera divertido. Anda, apaga las luces cómo te piden.

Bruce Belsey se fue de mala gana, a regañadientes, hacia el interruptor de la luz. Se fue cojeando más de lo que era normal en él. Siempre le pasaba lo mismo cuando se ponía nervioso.

Poco después el local había quedado a oscuras. Si bien entraba cierta claridad por la puerta acristalada que daba a la calle, aunque no mucha dado que el bar hacía esquina con un oscuro callejón.

—¿Está todo bien? —preguntó seguidamente Rod Hollman.

—Sí —contestó Orson Wyn—. Y ahora silencio… Un silencio absoluto —exigió—. Debo llamarla y ella debe oírme. —Y sin más, con su voz siempre opaca y tenebrosa—: Jacqueline, alguien quiere que vuelvas a este mundo… Alguien quiere que dejes de estar muerta…

No se oyó nada.

No se vio a nadie.

—Jacqueline, aparece ante nosotros… Conviértete en algo más que un recuerdo… —prosiguió diciendo Orson Wyn, puesto de pie, magnética e hipnótica su mirada a través de las sombras—: Estás deseando volver a la vida… Yo te ayudaré a conseguirlo… De momento, ven, ven y surge ante mis ojos y ante los ojos de quienes ahora están aquí…

Una nueva pausa.

No, no se oyó nada.

No, no se vio a nadie.

—Jacqueline, abandona tu ataúd, tu tumba, y deja que te vea como eras antes, cuando vivías… —insistió Orson Wyn, y su voz seguía siendo opaca y tenebrosa—: Hazlo, y yo te prometo que volveré a llamarte, que no me olvidaré de ti…

Otra pausa.

Pero esta vez…

Rod Hollman acababa de lanzar un ahogado gemido. Había visto a Jacqueline a través de la oscuridad, vestida con el mismo vestido largo, de color rojo, que llevaba la última vez que bailaron juntos, muy juntos.

La muchacha había aparecido al otro lado del local, donde estaba la barra. Donde en aquel momento no había nadie.

Rod Hollman se quedó terriblemente impresionado, alucinadamente conmovido. Más aún al comprender que no estaba viendo visiones. La prueba de que aquella aparición era cierta, real, la tenía en el susto, en el espanto de todos los allí reunidos. Unos y otros habían retrocedido aterrorizados hasta el punto de creer que habían perdido la razón.

—Ya estás aquí… Ya te veo… —siguió diciendo Orson Wyn—, Es hermoso estar entre los vivos, ¿verdad? No te preocupes, volveré a llamarte… Quizá una vez más, tal vez dos… Como sea, finalmente te dejaré que te quedes en este mundo…, Pero ahora, antes de irte, antes de desaparecer de nuevo, habla, dinos algo…

Rod Hollman había caído de rodillas. Los whiskies que había

bebido hicieron que las piernas no le sostuvieran. O puede, simple y llanamente, que estuviera dando gracias al Cielo.

La aparición adelantó un par de pasos. Y sí, no cabía ponerlo en duda, aquella aparición era Jacqueline. La misma silueta espigada, juncal. Los mismos ojos verdes, maravillosos.

Y también la misma voz.

Porque Jacqueline habló.

—Me siento feliz estando aquí… ¡Es tan hermoso el mundo de los vivos! Si, deseo fervientemente que me llames otra vez. —se había quedado mirando a Orson Wyn, sólo a él—: Sí, lo deseo fervientemente…

—Jacqueline… —murmuró Rod Hollman, y seguía de rodillas, en medio del bar.

Los demás habían retrocedido y seguían muy juntos, en uno de los extremos del local. —Rod querido… —dijo entonces la dulce voz de Jacqueline, y ahora miró al joven, únicamente a él—, gracias… gracias por pedir que deje de estar muerta… Gracias por pedir que vuelva a este mundo… Nunca te lo agradeceré bastante… Y ahora, adiós… Adiós a todos…

La aparición se esfumó.

Y todo volvió a la normalidad cuando Bruce Belsey encendió de nuevo la luz.

Pero entonces, unos echaron a correr, desapareciendo del bar en menos tiempo del que se tarda en decirlo. Los otros siguieron donde estaban, temblando de pies a cabeza. Sólo el resto, fas sacudir la cabeza para desaturdirse, se atrevieron a hablar.

—Ha sido una vulgar estratagema…

—Una simple artimaña…

—Un truco más…

Orson Wyn les desafió con su mirada magnética, hipnótica.

—Hacen mal en suponerlo así. Pero ustedes mismos…

—Era Jacqueline —aseguró Rod Hollman, quien había conseguido ponerse en pie—. Estoy seguro… No puedo dudarlo después de haberla visto…

—Estoy con la piel de gallina —dijo la pelirroja y curvilínea Donna.

—Cálmate, cálmate… —su marido intentó tranquilizarla.

Pero Bruce Belsey era el que estaba más asustado de todos. Por más que intentaba disimularlo.

—Creo que ha querido tomamos el pelo —dijo finalmente el parroquiano de la camisa a cuadros.

Se había dirigido abiertamente a Orson Wyn.

Pero éste, tras pagar la consumición hecha, se dispuso a salir del establecimiento sin haberle respondido.

—¿Se va…? —se angustió Rod Hollman—, Oh, no pude hacerlo después de… de… —Volveremos a vernos —le prometió Orson Wyn —, No se preocupe por eso. Entretanto, reflexione sobre si desea sinceramente que Jacqueline vuelva a la vida.

—¡Oh, sí, sí! —afirmó Rod Hollman.

—Reflexione… reflexione… —dijo Orson Wyn—. Ya me dará una respuesta definitiva a su debido tiempo.

CAPÍTULO III

TOMMY HEWIT acudió a la fiesta invitado por una amiga de colegio.

No había podido rehusar la invitación, así que ya estaba allí. Dispuesto a aburrirse.

Pero Tommy Hewit, que era muy alto y fuerte, y que encantaba a las mujeres con su natural despreocupación en el vestir y con sus andares desenfadados, comprendió enseguida que no iba a aburrirse tanto como había imaginado.

Allí cerca había una muchacha muy atractiva, con una cabellera oscura que daba gloria mirarla. Tenía la clase de belleza que a él le gustaba.

Pero esa muchacha se hallaba cabizbaja, triste. Sin duda algo le estaba preocupando enormemente.

Tommy pudo acercarse a la amiga de colegio y pedirle que le presentara a la muchacha. Si estaba en su fiesta, debían ser amigas. Como ellos dos por su lado también lo eran.

No obstante, Tommy prefirió actuar por cuenta propia. Estaban en una fiesta informal.

—No está mal esta fiesta, ¿eh?

Se había acercado a la muchacha y acababa de saludarla con estas palabras.

—No, no está mal —respondió ella.

—¿Le traigo una copa de algo…? —le ofreció—. Parece un poco preocupada…

—No gracias, no me apetece nada. —Había de añadir—: Sí, francamente, estoy algo preocupada.

—Si puedo ayudarla… —sonrió Tommy Hewit.

—No puede. Se lo agradezco de todos modos.

Sin embargo, la amiga común les vio juntos y se acercó para saludarles, y fue entonces cuando la muchacha se enteró de que Tommy Hewit era detective.

—¡Ah!, ¿detective…? —y así que volvieron a estar solos, la muchacha dijo—: Ahora me parece que sí puede usted ayudarme…

—Será un placer —aseguró él.

—Estoy dispuesta a contratar sus servicios —se sentía satisfecha de su decisión, de ello, sin duda, que su expresión hubiera cambiado.

—De acuerdo.

—Pero me interesaría —puntualizó la muchacha—que pudiera dedicarse a mi caso desde este mismo momento.

—De acuerdo —repitió.

Mientras miraba a la muchacha, que cada vez le parecía más

atractiva, se dijo que los demás asuntos ya esperarían.

—No es un caso nada vulgar —día le puso sobre aviso.

—Póngame al corriente, ¿quiere? Y no se preocupe, no soy fácil de impresionar. Todo lo contrario, se lo aseguro.

—Mejor así. Pues verá… —empezó a decir la muchacha—, mi nombre es Lucy y soy la secretaria particular de lord Windon, un hombre muy rico, riquísimo, que hasta hace poco vivía pendiente de la adoración que le inspiraba su hija Sarah. Pero quizá deberíamos buscar otro lugar para hablar, ¿no cree? —propuso.

—De momento nadie nos interrumpe. Siga hablando, por favor.

—Sin embargo, Sarah murió… —continuó hablando la muchacha —. Había contraído una enfermedad incurable y todos los esfuerzos médicos no sirvieron de nada. De ello que su padre, lord Windon, se halle ahora desesperado. Sí, desesperado, porque no se resigna a su pérdida…

Tommy Hewit se limitó a sacar un cigarrillo y a encenderlo. Antes había ofrecido a la muchacha, la cual acababa de rehusar con un gesto.

—Hasta tal extremo no se resigna a su pérdida —añadió Lucy—que está dispuesto a hacer lo imposible por recuperarla…

—¿Por recuperarla? —inquirió Tommy, desde luego no habiendo entendido bien.

—Sí, sí —asintió ella—. Está dispuesto a hacer incluso lo imposible por lograrlo. Y nunca mejor dicho lo de imposible, dado que la muerte de su hija Sarah es ya algo irreversible.

—Naturalmente.

—Pero lord Windon se ha hecho la absurda y disparatada ilusión de conseguirlo.

—¿Conseguir qué…? —volvió a preguntar Tommy. Y sin duda adivinando más o menos la respuesta—: Oiga, está mal de la cabeza lord Windon, ¿no es eso?

—En absoluto —le garantizó la muchacha—. No obstante, el desespero le ha llevado a tal estado de ofuscación, de ceguera, de desvarío…

—Aclláremelo todo un poco más, ¿quiere?

—Sí.

A continuación, Lucy había de explicarle que lord Windon vivía actualmente en una casa que tenía en las afueras de la localidad de Kiddppon, en la misma carretera. Una gran casa que sólo había habitado a temporadas. Ella también vivía ahora allí, pues no quería dejar solo a lord Windon. A través de los años le había cogido un profundo y sincero aprecio.

Lucy le refirió también, y en eso estaba el quid de la cuestión, lo que había sucedido en el bar Estrella de Plata, propiedad de un

hombre llamado Bruce Belsey.

—¿Y dice usted que ese hombre, ese artista de teatro, consiguió que una joven muerta hace ya meses apareciera de pronto ante todos…? —preguntó Tommy Hewit cuando la muchacha hubo concluido.

—Sí, lo consiguió —dijo Lucy—, Por lo menos todos los clientes del bar coinciden en asegurarlo así… Aunque algunos, claro, dan por descontado que se trató de algo preparado de antemano por Orson Wyn…

—Por lo que me ha explicado ya —dedujo Tommy—lord Windon no opina eso.

—Lord Windon acepta la posibilidad de que ese hombre tenga ciertamente poderes sobrenaturales… Y de eso se trata, de que decidió hablar con él… Así que le mandó llamar… Pero Orson Wyn no hizo caso a su requerimiento, limitándose a responder que, si deseaba verle, debía ser él quien acudiera a su encuentro. En el susodicho bar podía encontrarle todas las noches.

—Y lord Windon está dispuesto a ir, ¿no es eso?

—Sí —dijo Lucy—, y es lo que me preocupa enormemente. Yo estoy convencida de que Orson es un farsante, un embaucador, y de que no pretende nada bueno con todo ese lío…

—A propósito, ¿qué ha sucedido finalmente con Jacqueline, la muchacha que Orson Wyn hizo que apareciera ante todos los clientes del bar? ¿Y qué vida lleva su enamorado, Rod Hollman?

—No lo sé —repuso Lucy—, No lo sé exactamente. Sólo puedo decirle que la madre de Rod Hollman está muy alarmada. Quiere llevar a su hijo a un médico, a un psiquiatra, supongo, pero el interesado no se aviene a ello.

—Pues no, no es éste un caso nada vulgar —convino Tommy—, Tenía usted razón al así exponérmelo.

—Yo desearía —te hizo saber Lucy a continuación—que fuera usted cuanto antes a Kiddppon y que…

—No se hable más —acababa de interrumpir a la muchacha—, cuando salga de aquí, de esta fiesta, me voy con usted. Por el camino seguiremos hablando, puntualizando pormenores. —Y añadió—: Tengo el coche muy cerca, apenas a diez metros de aquí. He podido aparcar con facilidad.

*

El bar Estrella de Plata hacía esquina con un oscuro callejón.

Aquella noche, quizá más húmeda y más fría que otras, un cliente salió del bar, dobló la esquina y se fue callejón abajo. Lo que nunca solía hacer.

No obstante, por ese lado adelantaba camino para ir a su casa. Quizá se tratara de eso. Pero no, se trataba de otra cosa. Quería averiguar si Donna, la curvilínea y pelirroja dueña del bar engañaba a su marido. A él le parecía que sí.

El hombre vestía una camisa a cuadros. Era aquel parroquiano que junto con otros presenció la aparición de Jacqueline…

Mientras se adentraba en el oscuro callejón, no se imaginaba lo que le iba a suceder. Como fuera, lo cierto es que de pronto se detuvo, pareciéndole que había oído una voz. Sí, en efecto, alguien hablaba.

Notó cómo martilleaba su corazón.

—Sí, soy yo, Jacqueline… —decía la dulce voz femenina—, Soy yo…

El hombre se notó helado, petrificado. Petrificado y helado como un muerto.

Acababa de oír a Jacqueline. Y ahora, además, la estaba viendo de nuevo. Se hallaba a escasos metros de allí. Con el mismo traje largo, de color rojo.

El conocía bien a Jacqueline. La conocía desde el mismo día que su padre y ella llegaron a Kiddppon y alquilaron una casita. No podía dudarlo. ¡Era la misma!

Sin embargo, él sabía que Jacqueline cogió una pulmonía y que tres días después había muerto. Él fue uno más en la comitiva de aquel entierro.

¿Entonces…?

¿Cómo explicarse…?

¿Sería verdad que Orson Wyn, con su poder mental, con su fuerza psíquica…?

No tuvo tiempo de responder a sus propias preguntas, porque sintió que aquella emoción era excesiva, que la cabeza le daba vueltas y que la vista se le nublaba.

Se le pasó. Enseguida volvió a sentirse bien.

No obstante, había cerrado los ojos. Al abrirlos ya no vio ante sí a nadie.

Jacqueline se había esfumado.

Darse cuenta de ello, no le tranquilizó, no le hizo respirar aliviado. Todo lo contrario. ¡Esa muchacha aparecía y desaparecía como un espíritu del otro mundo! ¡Como un espíritu! Descompuestas sus facciones por el miedo, quiso retroceder. ¿Qué podía importarle a él que la pelirroja Donna engañara o no a su marido? No era cuenta suya.

Pero dejó de retroceder al sentir un dolor agudísimo, horrible, espantoso. Un dolor que le hizo lanzar un ahogado grito.

Un afilado cuchillo de cocina acababa de ser clavado en su espalda hasta la misma empuñadura.

Logró girarse y ver a su asesino…

Es todo lo que pudo hacer, porque se tambaleó y cayó redondo. Y se quedó total y absolutamente inmóvil sobre la calzada del callejón. Lo mismo que si ya estuviera muerto.

Pero no estaba muerto, así que volvió a recuperar el conocimiento.

Entonces, se encontró exhausto, agotado, jadeante, en medio de un espeluznante charco de sangre.

El asesino ya no estaba allí.

En su espalda seguía el cuchillo. Lo veía por el rabillo del ojo, inexorablemente clavado hasta la empuñadura.

Intentó ponerse en pie, pero no pudo hacerlo. No tenía fuerzas. Le vencía una aplastante debilidad. Estaba desangrándose. Estaba agonizando.

Aun así, se fue arrastrando por el oscuro callejón hacia el bar del que había salido. ¿Podría llegar? Mucho se estaba temiendo que no.

Volvió a ver a Jacqueline…

Pero ella, en esta ocasión, estaba más lejos. Y ni siquiera le dedicó su atención, como si ya supiera que estaba condenado a morir y no valiera la pena preocuparse lo más mínimo por él.

El hombre siguió arrastrándose hacia el bar. Allí estaban sus amigos, a varios de los cuales había dejado jugando a las cartas.

Cada vez le costaba más avanzar.

Por lo demás, había dejado de sentirse helado, petrificado. Ahora sudaba como si estuviera metido en un baño turco.

—Tengo que llegar… —musitó, notando un sabor desagradable en la boca y comprendiendo que la tenía llena de sangre—. Tengo que decir que…

Era tarde para hacer planes.

Cayó muerto.

CAPÍTULO IV

LORD WINDON se hallaba hundido en un sillón, con la mirada fija en las crepitantes llamas de la chimenea. Llamas que, moviéndose, agitándose, parecían estar embrujándole.

El elegante salón en que se hallaba, permanecía en la penumbra. Se había hecho de noche y no había querido molestarse en encender ninguna luz.

Pero la lámpara principal, la que pendía del techo, se iluminó de pronto. Una mano femenina le había dado al interruptor.

—Buenas noches, lord Windon —dijo la muchacha.

—¿Ya estás de vuelta, Lucy? —se esforzó por esbozar una sonrisa, sin conseguirlo.

La más profunda y acerba tristeza se reflejaba en sus rasgos. La más terrible de las desesperaciones asomaba a sus ojos. No cabía duda, desde que su hija Sarah había dejado de existir había envejecido indeciblemente. Era como si le hubieran caído encima veinte años.

—Sí, ya estoy aquí —repuso la muchacha—. Sabía que le había dejado solo y no me sentía a gusto. Por lo demás… —empezó a decir.

—Dime —se había dado cuenta de que Lucy se sentía un poco violenta.

—La verdad es —manifestó ella—que temo que se enfade usted conmigo. —¿Enfadarme yo contigo? —se asombró lord Windon, y su tono no pudo ser más paternal—. Eso no es posible, mi querida Lucy. Eres una excelente chica, y siempre te has portado inmejorablemente conmigo. Siento un gran aprecio por ti.

—Yo también le aprecio mucho, lord Windon —dijo la muchacha —. Entré a sus órdenes como simple secretaria…

—Y ahora que yo no me encargo de nada, todo queda en tus manos, y lo haces muy bien. Ten la seguridad de que es para mí un gran alivio poder contar con tu honradez. —Gracias, lord Windon. Pero yo me refería a que mi aprecio por usted no es el de una simple asalariada, así que no puedo permanecer indiferente ante ciertos hechos…

—Por favor, Lucy —le suplicó—, no vuelvas a lo mismo. Estoy decidido a entrevistarme con Orson Wyn.

—Pensar así, lord Windon, es un disparate. Usted lo sabe, tiene forzosamente que saberlo.

Pero Lucy veía un brillo delirante y trastornado en aquella mirada.

—Yo deseo creer en los poderes sobrenaturales de ese hombre…

—Sí, usted desea creer —dijo Lucy—, y ahí está el verdadero peligro, el verdadero riesgo. De ello que yo no pueda permanecer indiferente.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—Que temo que se enfade usted conmigo —y acababa de repetir lo que había dicho poco antes.

—¿De qué se trata? —había comprendido que su atractiva secretaria había urdido algo. —He venido acompañada —dijo Lucy.

—¿Acompañada…? —se había incorporado algo en el sillón, en instintivo gesto de quien siente curiosidad.

—Acompañada de un detective —puntualizó la muchacha.

—¿Cómo…? ¿Qué has dicho…? —desde luego no se lo esperaba.

—Hágase cargo, lord Windon. Usted necesita que alguien hábil y capacitado le ayude. Usted solo no debe meterse en ese asunto…

—Eres tú quien no tienes por qué meterte en lo que nadie te llama. —Pero rectificó de inmediato—. Lo has hecho con la mejor buena voluntad, ya lo sé.

—Es un joven muy agradable, y además se le nota competente por los cuatro costados. Creo que ha sido una buena idea…

—No lo creo yo así. Pero si has venido con él, considero que sería una incorrección por mi parte…

—Gracias, lord Windon. ¿Le digo que pase?

—Sí.

Había de recibir a Tommy Hewit simple y llanamente para no dejar mal a la muchacha. Tenía el propósito de desestimar la ayuda que el detective pudiera ofrecerle.

Sin embargo, Tommy Hewit se las arregló divinamente para que no procediera de tal modo y para que, tras un par de minutos de charla, le aceptara con estas palabras.

—No era mi intención recurrir a nadie, menos aún a un detective. De todos modos, puesto que usted ya está aquí…

—Le seré de valiosa ayuda —aseguró Tommy—. Por lo menos le simplificaré mucho las cosas, ya lo verá. Bueno, ante todo se trata…

—De que lord Windon —intervino Lucy—quiere entrevistarse con ese hombre, con ese tal Orson Wyn.

—Dadas las circunstancias se hace inevitable nuestro encuentro —dijo lord Windon. —Dígale que venga a esta casa —repuso Tommy, aunque ya sabía por la muchacha que tal petición había sido hecha y desestimada.

—Quiere que sea yo quien vaya a su encuentro. Y debe transigir, no me queda otro remedio.

—Puedo ir yo en su busca, si a usted le parece bien —manifestó Tommy.

—¿Usted…?

—¿Por qué no? Le digo que soy su secretario particular y que voy en su nombre. Con esto bastará, estoy seguro.

—Bastará, ¿para qué…? —preguntó.

—Para que me exponga sus condiciones.

—¿Condiciones…?

—Si le ofrece poner a su disposición sus poderes sobrenaturales, será a cambio de algo, ¿no cree? Yo aseguraría que será dinero, una elevada cantidad de dinero lo que exigirá de usted.

—Es posible —admitió—. Pero a mí no me importa en absoluto lo que pueda pedirme… —Sería lamentable —repuso Tommy—que se convirtiera usted en una presa excesivamente fácil. Eso podría reportarle graves inconvenientes. No sólo por el dinero que pudiera perder, sino por las ilusiones que pudiera hacerse y que luego, como un espejismo…

—Me hago cargo de a dónde quiere ir a parar. A lo mismo que Lucy, que se obstina en asegurarme que nadie regresa de la muerte.

—Nadie —sentenció Tommy—, y no tome por crueles mis palabras, por favor. Nada más lejos de mi intención que herirle a usted. —Tras una breve pausa, el detective prosiguió—: Me encargaré de todo, si merezco su confianza. Pero de antemano me veo obligado a decirle, otra cosa no sería honrada ni correcta por mi parte, que su hija Sarah no regresará a este mundo. No puede hacerlo porque la muerte se la llevó.

—¡Oh, no, no! —gimió desesperadamente lord Windon, y se ocultó el rostro entre las manos.

—Se lo mego, cálmese —y Lucy se le había acercado solícitamente.

—¿De qué serviría que le engañáramos? —preguntó Tommy.

—Ese Orson Wyn asegura que… —empezó a decir, y había ya retirado las manos de su rostro.

Un rostro donde los ojos seguían brillando de un modo ciego y enajenado. A pesar de los razonamientos oídos.

—Ese hombre es un embaucador, no cabe suponer otra cosa…

—Si lo fuera —dijo lord Windon—, cuando le pedí que viniera se hubiera apresurado a hacerlo.

—Hacerse de rogar siempre surte efecto —se limitó a razonar Tommy.

—Bueno, vaya usted a su encuentro —cedió finalmente lord Windon—y exprésele mi deseo de concertar una entre vista. Lo antes posible.

—Una entrevista —puntualizó Tommy—aquí, en esta casa. Otro lugar podría no resultar recomendable.

—Si lo consigue usted…

—Lo intentaré.

—Ya verá, lord Windon —dijo Lucy—, como ahora, en la medida de lo posible, todo le resulta más llevadero.

—Sí, creo que has hecho perfectamente contratando los servicios de este detective.

*

Apenas entró en el bar, en La Estrella de Plata, reparó en el hombre alto, delgado, de cabello blanco y barba entrecana. De ojos oscuros, magnéticos, hipnóticos.

Estaba situado en una mesa apartada.

Tommy Hewit se fue hacia allí directamente, con naturalidad.

—¿El señor Wyn…? ¿Orson Wyn…?

El aludido levantó los ojos. Hubo en ellos una mirada recelosa. De quien no se fía mucho, ni poco.

—Sí, soy yo —respondió—. ¿Qué desea?

—Hablar con usted.

—No le conozco.

—Me envía lord Windon. Soy su secretario particular ¿Puedo sentarme?

—Si se empeña… —aceptó de mala gana.

—El que se empeña en hablar con usted es lord Windon —contestó Tommy—. De ello que yo esté ahora aquí. Me ha enviado para…

—Lord Windon ya sabe a qué atenerse a este respecto —acababa de interrumpirle, un tanto bruscamente por cierto—. Si quiere que nos encontremos, que venga él.

—¿No puede ir usted a su casa? —preguntó Tommy—, Si lo desea yo mismo le llevo en mi coche.

—No, gracias —Orson Wyn se negó, no sólo con estas dos palabras, sino con un par de enérgicos movimientos de cabeza.

—¿Por qué no? —inquirió Tommy.

—Si alguien tiene interés por algo, debe demostrarlo.

—Como usted demuestra que los muertos retornan del Más Allá, ¿no es eso? —Tommy había ironizado.

—Será mejor que dejemos de hablar —zanjó Orson Wyn, visiblemente molesto.

—¿Qué sucede…? —volvió a ironizar—, ¿Le sabe mal que yo no crea en sus milagros…?

—Me tiene sin cuidado —aseguró.

—Pero usted dice que posee poderes sobrenaturales…

—No me limito a decirlo, sino que lo afirmo, y lo afirmo rotundamente. ¿Algo más? —Con personas impresionables debe irle bien, pero yo soy sereno, muy equilibrado, y a la vez muy receloso —repuso Tommy—. Muy receloso, sí, señor, no puedo evitarlo.

En aquel momento se acercó Donna.

—¿Qué desea tomar?

Tommy le concedió una mirada que equivalía a un silbido de admiración. ¡Vaya curvas que tenía aquella pelirroja!

—Va a irse, no desea tomar nada —repuso Orson Wyn—, Por lo

menos no va a tomar nada en esta mesa,

—Es usted muy descortés… —protestó Tommy.

—Exactamente lo que deseo ser.

—De acuerdo —dijo Tommy—. Le diré a lord Windon que debe ser él quien venga a buscarle a usted.

—Correcto.

—Pues no se hable más.

Tommy Hewit se disponía a levantarse y a irse, cuando vio que un joven entraba en el bar y que, muy nervioso, muy excitado, se dirigía a la mesa de ellos.

—Señor Wyn… Señor Wyn… Puedo asegurarle que no voy a cambiar de parecer… ¡Deseo que Jacqueline vuelva a este mundo!

Tommy no necesitó oír más para comprender que aquel joven de aspecto febril, casi frenético, era Rod Hollman.

—Hablaremos en otro momento, no ahora —dijo Orson Wyn—. No ahora, ante extraños…

A Rod Hollman no pareció importarle que hubiera alguien más en aquella mesa, de ello que insistiera.

—Necesito recuperar a Jacqueline… Cuanto antes mejor… Si tardo mucho en conseguirlo voy a volverme loco…

—Será mejor que salgamos —repuso Orson Wyn acto seguido—. Aquí hay demasiada gente.

La indirecta no podía ser más clara, pero Tommy hizo como si no se diera por aludido. Por el contrario, al ver que Orson Wyn se levantaba y se disponía a marcharse, comentó: —Lamento que nuestra conversación haya sido tan breve.

Cuando se quedó solo en la mesa, volvió a mirar a Donna. La cual seguía allí, no sabiendo si iba o no a pedir una consumición.

—Una cerveza —solicitó Tommy. Y cuando se la hubo servido—. Me gustaría que me explicara si es cierto lo que me han contado…

—Respecto a la aparición de la muchacha muerta, ¿verdad? —era fácil adivinar a qué se refería.

—Sí —asintió Tommy.

—Fue impresionante… impresionante… impresionante… —dijo y repitió Donna. No parecía saber calificarlo de otro modo—. Yo aún no termino de creérmelo.

—Dígame, ¿dónde surgió la aparición?

—Junto a la barra. Cerca de la puerta que da a la trastienda, que es donde tenemos nuestra vivienda —le contestó Donna—. Desde entonces tengo la piel de gallina.

—¿Tiene la trastienda alguna otra salida? —quiso saber Tommy—. Me refiero a si alguien pudo entrar por alguna otra parte y presentarse…

—Sí, la trastienda tiene otra salida. Da a un patio. Ese patio, a su

vez, tiene una pequeña puerta que da al callejón. Pero ambas puertas se hallaban cerradas con llave.

—¿Está segura de que se hallaban cerradas con llave? —insistió Tommy.

—Segurísimo —dijo Bruce Belsey, que acababa de acercarse, cojeando.

—Es mi marido —repuso Donna.

—Sí, soy el dueño del local —repuso el recién llegado—, y lo sucedido aquella noche me gustó muy poco, tan poco que desde entonces tengo los nervios de punta.

—¿Qué opina exactamente de lo que sucedió? —preguntó Tommy.

—No sé qué decirle… Yo vi a Jacqueline, y la vio mi esposa, y también la vieron mis clientes… Era ella… ¡Sí, era ella! Pero ella murió…

Bruce Belsey había balbuceado, por más que se había esforzado en no hacerlo.

—Respecto a las puertas, a la de la trastienda que da al patio y a la del patio que da al callejón, hemos quedado en que aquella noche estaban cerradas, ¿no? —Tommy quería estar seguro de este pormenor.

—Y seguían estando cerradas después de lo sucedido —aclaró Donna—, Pudieron verlo perfectamente nuestros clientes.

—Orson Wyn sigue viniendo por aquí —comentó Tommy seguidamente.

—La compañía en la que él actuaba se fue, siguió con su gira. Pero él se ha quedado. Dice que necesita una temporada de descanso y que Kiddppon le parece un lugar apropiado para reponer fuerzas —de nuevo había hablado Donna.

—¿Qué opinan los clientes de la aparición? —inquirió Tommy, prosiguiendo el interrogatorio.

—Algunos de ellos siguen asustados, hasta tal extremo que no han vuelto por aquí —contestó Bruce Belsey—, Otros dicen, como lo dijeron desde el primer momento, que se trató de un truco de ese tal Orson Wyn y que no vale la pena tomarse en serio el asunto. En fin, esperemos que efectivamente eso sea todo…

—Mi marido se refiere —intercaló Donna—a lo que le pasó a aquel hombre.

—¿A qué hombre? —preguntó Tommy.

—Al de la camisa a cuadros. Era uno de nuestros clientes de aquella noche.

—No sé de qué va.

—Le asesinaron muy cerca de aquí, en el mismo callejón. De una cuchillada en la espalda.

—¿Y tiene que ver una cosa con la otra? Parecen creer que si por

la cara que ponen.

—No nos haga caso —dijo Bruce Belsey—, estamos demasiado afectados. Pero, claro, nunca se puede estar seguro de nada. ¿No opina usted como yo?

—Y murió de una cuchillada…

—Pero no fue la suya una muerte instantánea —aclaró Donna—. Se quedó malherido… Consiguió, arrastrándose, llegar casi hasta aquí… No, no llegó… Otro de nuestros clientes tropezó con su cuerpo al salir… Aún tenía el cuchillo clavado en la espalda…

CAPÍTULO V

LE dijo a lord Windon eximo se había desarrollado la entrevista y cuál había sido la respuesta de Orson Wyn.

—Pero si usted insiste en que ha de ser él quien venga —añadió Tommy—finalmente cambiará de parecer y vendrá, puede estar seguro.

—Si, posiblemente —aceptó lord Windon.

Ocultó sus verdaderas intenciones. La verdad es que ya no podía más con todo aquello. No soportaba por más tiempo aquel enervante y desquiciado suspense.

Y puesto que por Tommy Hewit sabía que Rod Hollman había salido del bar con Orson Wyn, acababa de decidir el ponerse en contacto con el joven. Le unía una buena amistad con él, así que lo tenía sencillo.

Por lo demás, ambos tenían actualmente similares esperanzas, análogas miras. El joven porque deseaba que su novia Jacqueline volviera a su lado y él porque quería desesperadamente recuperar a su adorada hija Sarah.

—Usted se quedará en esta casa mientras el caso no se aclare —dijo lord Windon acto seguido al detective.

—Si voy a causarle demasiadas molestias y prefiere que busque habitación en un hotel… —Tommy no quiso excederse en sus pretensiones.

—Prefiero que se quede aquí —aseguró lord Windon.

—Yo también lo prefiero, por descontado —dijo Tommy—, Cuanto más cerca le tenga a usted, más fácil me resultará estar a su disposición.

Había echado una mirada a Lucy. Muy significativa por cierto. Como diciéndole que también por ella se alegraba de quedarse allí.

Lucy captó la intención de la mirada, y se sintió, no sólo halagada, sino feliz.

Lord Windon debía de esperar su oportunidad, que estaba seguro no tardaría en presentarse. Pues cuando todos se hubieran retirado a sus respectivos aposentos, él podría salir de la casa sin que nadie le viera.

Sin embargo, su salida había de producirse en circunstancias imprevistas. Sin duda un poco precipitadas.

Estaba junto a la ventana de su habitación, esperando que pasara el tiempo y pudiera salir de la casa sin ser oído, cuando vio a través de los cristales cómo se acercaba por la carretera el coche blanco de Rod Hollman. Era un nuevo modelo, que su madre le había regalado no hacía mucho.

El coche acababa de detenerse.

Y lord Windon pensó que, si salía de la casa sin más demora y se apresuraba un poco, llegaría a tiempo de decirle que deseaba hablar con él.

Así que, no lo pensó más y se decidió a salir. De ello que lo hiciera de forma un tanto precipitada, no tan precavida como en un principio había planeado.

Lord Windon estaba temiéndose que el coche de Rod Hollman arrancara antes de que él llegara hasta allí.

No obstante, el coche siguió en aquel lugar. Su conductor no parecía decidido a reemprender la marcha.

—Buenas noches, Rod —le saludó apenas llegó junto al coche.

—Buenas noches, lord Windon —le respondió el joven, sorprendido—. No esperaba verle a estas horas.

Lord Windon le dijo de qué se trataba. Sabía que había salido del bar en compañía de Orson Wyn y…

No necesitó que prosiguiera para que Rod Hollman le hiriera saber que sí, que en efecto habían salido juntos, y que todo había ido perfectamente.

Pero al decir «perfectamente», lo cierto es que Rod Hollman se puso blanco como un fantasma

—Es que… —reconoció—creía estar preparado… Ahora me doy cuenta de que no lo estoy, de que tengo miedo… De eso que haya detenido el coche, no me atrevo a proseguir la marcha…

—Pues, ¿qué pasa? —le preguntó lord Windon—. ¿Hay alguna novedad…?

—No, no —reconoció el joven—. En realidad estaba deseando que Orson Wyn me dijera lo que me ha dicho… ¡Pero resulta todo tan sobrecogedor, tan espeluznante!

—Explícamelo mejor, ¿quieres? —su absurda y disparatada impaciencia ponía un escalofriante énfasis en sus palabras—. Ya sabes lo que me interesa todo eso…

—Sí, lo sé —contestó Rod Hollman. Quien a continuación había de abrir la portezuela, diciendo—: Entre en el coche, hace frío y mucha humedad. Hablaremos con más calma.

—Gracias, Rod.

Ya dentro del coche blanco, vio cómo el joven respiraba hondo.

—Me ha pedido dinero por devolverme a Jacqueline —habló Rod Hollman tras aquella pausa—. Lo que ya me esperaba, claro está… Pero no me ha pedido un precio excesivo… Hasta aquí, pues, todo bien… Sin embargo…

—Sin embargo, ¿qué? —y seguía su incontenible impaciencia

—Me ha dicho que vaya hasta la puerta trasera del cementerio, puerta que encontraré entreabierta… Me ha dicho que entre, que ande

unos cuantos metros y que llame a Jacqueline, pero sin elevar mucho la voz… Que la llame una y otra vez, sin cansarme… Me ha asegurado que, aunque tarde, llegará… Entonces podré hablar con ella… No, Jacqueline no se quedará conmigo… Volverá a desaparecer, como un alma del otro mundo que es… Sólo a la tercera vez, cuando yo haya pagado el dinero que me piden por ella, se quedara definitivamente…

—No veo que nada vaya mal —dijo lord Windon—. Todo lo contrario.

—Ya se lo he dicho, se trata de que ahora tengo miedo… —y Rod Hollman, efectivamente, estaba temblando de pies a cabeza.

—¿Miedo de qué? —preguntó.

—De esta situación… ¿Acaso es normal que yo esté esperando que una muerta vuelva del otro mundo?

—Si ese hombre tiene poderes sobrenaturales…

—Los tiene, estoy convencido —repuso Rod Hollman—, Yo vi a Jacqueline en el bar… La vi perfectamente… Era ella… No cabe confusión posible…

—¿Entonces…? ¿Qué obstáculo puede haber para que nosotros, tú por tu lado y yo por el mío, logremos…?

—Luchar, enfrentamos a las fuerzas del Más Allá, puede resultar arriesgado —musitó

Rod Hollman—, Los espíritus del otro mundo no creo que se resignen mansamente, sumisamente, a que uno de los suyos le sea arrebatado…

—Te estás dejando vencer por el miedo —dijo lord Windon—, y tus razonamientos de ahora lo reflejan así… Sin embargo, hasta hace poco, por lo que me han contado…

—Hasta hace poco —repuso Rod Hollman—me sentía febril, casi frenético ante la esperanza de encontrar de nuevo a Jacqueline… Pero desde hace unos instantes me estoy dando cuenta de que mi madre tiene razón, de que todo esto es una locura…

—Tu madre cree que Orson Wyn es un farsante.

—Lo creía al principio —subrayó Rod Hollman—. Ahora ya no sabe lo que cree. Yo le he jurado que esa aparición era Jacqueline… Y quizá por eso, porque la he convencido en parte de lo que mis ojos vieron, está cada vez más asustada… No, no cesa de decirme que todo esto es una locura…

—Yo no tengo miedo —aseguró lord Windon—. En absoluto. Y sólo deseo recuperar a Sarah… ¡Recuperar a mi querida y adorada hija!

—Sin embargo… —y Rod Hollman seguía temblando de pies a cabeza—, sin embargo… lo que decía antes, luchar, enfrentarse a las fuerzas del Más Allá puede resultar arriesgado… ¿Y si Jacqueline recibiera la orden, pongamos por caso, de cogerme a mí de la mano,

de no soltarme, y de arrastrarme con ella hasta el otro mundo? ¡Resulta escalofriante pensarlo!

—Los poderes de ese hombre, de ese tal Orson Wyn, aseguran otra cosa bien distinta… ¿Por qué torturarse con temores vanos?

—Estoy desvariando —repuso Rod Hollman—, Y usted también, lord Windon… Si fuéramos sensatos, razonables, pensaríamos que todo esto no puede ser… Que todo esto es imposible… Que ni fuerzas del Más Allá, que ni espíritus del otro mundo, ni nada de nada… Sólo un hombre embaucador, con buenos trucos con que engañarnos, que quiere sacarnos dinero…

Pero no se había convencido a sí mismo. En absoluto. Aunque la verdad es que lo había intentado.

—¿Qué pasa? —inquirió lord Windon—. ¿No vas a acudir al cementerio? ¿Vas a faltar a la cita?

—Sí, sí… —reconoció Rod Hollman—, voy a faltar a la cita. Me falta valor.

—¡Eres un cobarde! —exclamó lord Windon.

—Sí, soy un cobarde… Pero no puedo evitarlo, estoy enfermo de miedo…

—¡Iré yo en tu lugar! —barbotó lord Windon—. ¡Sí, seré yo quien llame una y otra vez a Jacqueline! He de verla, ¿no lo comprendes…? —su angustia era inmensa, infinita, no cabía dentro de él, le ahogaba —. He de convencerme de que Orson Wyn no hace falsas promesas.

—¿Va a ir usted? —preguntó Rod Hollman—. ¿Va a atreverse…?

—Desde que conocí a Jacqueline, la vi y la traté en numerosas ocasiones —dijo lord Windon—, Si ahora vuelvo a verla, no cabrá confusión posible, enseguida sabré a qué atenerme… Enseguida sabré si es ella o no… ¡Y necesito tanto saberlo!

—No debiera dejarle ir solo, lord Windon. Pero dése cuenta del estado en que estoy, tiemblo como una hoja azotada por el viento.

—No te preocupes. Yo me basto y me sobro para ese cometido — aseguró lord Windon.

*

Tommy Hewit le había oído salir.

Cierto que lo había hecho silenciosamente, sigilosamente, pero él estaba pendiente de lo que pudiera suceder, así que no le pasó por alto la circunstancia.

Salió de la casa, pues, siguiendo a lord Windon a corta distancia. Se trataba de no perderle de vista.

Desde luego, no pudo oír lo que hablaba con Rod Hollman. Tuvo que resignarse. La verdad es que no pudo acercarse más porque resultaba de vital importancia que su presencia no fuera notada.

Cuando pasados unos minutos lord Windon salió del coche blanco, a cuyo volante quedó Rod Hollman, Tommy permaneció donde estaba, sin moverse.

Sólo después, cuando vio que lord Windon seguía adelante por la carretera, se decidió a seguirle. El coche de Rod Hollman, mientras tanto, había dado media vuelta y volvía a Kiddppon.

Pronto se dio cuenta de que lord Windon se dirigía hacia el cementerio. Aunque no buscaba la puerta principal, sino la otra, la trasera.

Tommy pensó que iba allí a encontrarse con alguien. Tal vez estaba citado con algún muerto, o mejor dicho, con alguna muerta. Dadas las circunstancias había que aceptar como bastante posible esa posibilidad.

Pronto lo sabría.

Pero oyó un ruido tras él, y se detuvo, girándose. Sin embargo, sólo se giró a medias porque no tuvo tiempo de hacer otra cosa.

Acababa de recibir un golpe terrible en la cabeza. Mientras se tambaleaba y caía, creyó ver todas las estrellas del cielo.

Antes de llegar al suelo había perdido el conocimiento.

CAPÍTULO VI

LORD WINDON dejó atrás la puerta del cementerio, que desde luego encontró entreabierta.

Avanzó junto a unos cipreses cuyas estrechas y altas siluetas se perfilaban entre las sombras. Avanzó entre tumbas y cruces que parecían medio abandonadas.

El silencio era absoluto. Pero era como si la mismísima Muerte estuviera paseando por allí, de ello que aquel silencio resultara angustioso, sobrecogedor.

Lord Windon, empero, no se daba cuenta de nada. ¿De qué, en realidad, iba a darse cuenta? Todos los cementerios son iguales. El alma de sus muertos parece vagabundear, gemir y jadear entre el terreno que les cobija.

Obsesionado con la idea que le había llevado a aquel sagrado lugar; ofuscado por el anhelo que sentía y que era más fuerte que nada; enajenado por esa esperanza que daba vida a su ya cansado corazón, lord Windon siguió adelante.

Aunque no muchos pasos más. Quería obedecer estrictamente las órdenes recibidas. Bueno, quería obedecer estrictamente las órdenes que Rod Hollman había recibido.

Puesto que él acudía en su lugar, debía hacer las cosas de una manera adecuada, correcta. No quería que por su culpa pudiera estropearse el milagro.

Pero ¿no hubiera sido más adecuado decir brujería, maleficio, sortilegio, hechizo…?

Lord Windon no quería detenerse a pensarlo. Quería recuperar a su hija y todo lo demás le tenía sin cuidado.

—Jacqueline… —llamó con voz queda—. Jacqueline…

No hubo respuesta. En todo caso respondió el viento, frío y húmedo, colándose entre los cipreses y revoloteando entre los nichos, las cruces y las viejas inscripciones.

—Jacqueline —volvió a llamarla—, soy yo… Debería ser Rod Hollman quien estuviera aquí, ya lo sé… Pero él no ha podido venir, y me ha rogado que viniera yo en su lugar…

Tampoco hubo respuesta.

Lord Windon optó por avanzar un poco más. No, no tenía miedo de aquella tétrica oscuridad, ni de aquellas tenebrosas sombras.

Desde luego, no se habría alterado aunque alguien le hubiera dicho que una mano asesina le iba a asestar un golpe mortal. ¿Acaso no estaba ya muerto desde que su hija le había abandonado?

—Jacqueline, deseo verte… Aparece, por favor…

Oyó el ruido de unos pasos tras él. Se volvió con viveza, con una

viveza impropia de sus años.

¡Y allí estaba Jacqueline, con el vestido largo, de color rojo! Con su silueta espigada, juncal. Con sus ojos verdes, maravillosos.

—No debiera dejarme ver —dijo la dulce voz de Jacqueline—, Tenía que ser Rod Hollman quien me llamara… No, no me diga que él no ha podido venir… Sé que no es cierto…

—Eres tú… Sí, eres tú… —dijo y repitió lord Windon con expresión alucinada, y avanzó hacia la aparición.

Una aparición que, en lugar de retroceder, avanzó a su vez. Por lo visto deseaba que el encuentro se llevara a cabo de un modo que no diera pie a conjeturas. Y para eso era preciso, indispensable, que se vieran cara a cara. Lo más cerca posible.

—Jacqueline… —se sentía más enajenado que nunca—, eres tú… Te conozco perfectamente…

Sí, aquella muchacha era Jacqueline. Estaba lo suficientemente cerca de ella como para poder jurarlo una y mil veces.

—No volveré a este mundo, lord Windon —repuso la dulce voz de ella, una voz que ahora parecía estar llena de sollozos—, Rod Hollman no volverá a llamarme… Rod Hollman ha dejado de amarme… Y sin esta condición previa, no, no puede ser… Su hija va a ser más afortunada que yo… Ella le tiene a usted…

—¿Qué has dicho de mi hija…? —inquirió lord Windon con expresión de desvarío.

—Que su hija va a ser más afortunada que yo —repitió Jacqueline —. Usted no sentirá miedo y conseguirá lo que desea de ese hombre de poderes sobrenaturales… Y su hija se quedará aquí, a su lado, en este mundo tan hermoso… Y ahora —añadió la muchacha —debo irme. Pero antes de hacerlo, deje que le dé un beso… Como si fuera su hija…

Jacqueline se inclinó hacia lord Windon y le besó en la mejilla.

El toque no pudo ser más real, más humano, más auténtico.

—¿No puedes quedarte…? —le preguntó lord Windon, y le dominaba más y más su enervante desvarío—. ¿Por qué no puedes…? Si estás viva… Si estás viva… Me has tocado y he sentido el roce suave y cálido de tus labios sobre mi mejilla…

—Debo irme —repuso Jacqueline—, Debo irme…

Y retrocedió antes de que lord Windon acertara a impedírselo, antes de que pudiera retenerla.

Instantes después, la muchacha se perdía a los lejos, entre las tumbas.

La oscuridad la engulló. Se la tragó.

CAPÍTULO VII

TOMMY HEWIT volvió en sí, llevándose la mano a la dolorida cabeza.

Notó que su mano se humedecía. Un toque pegajoso que no le gustó nada.

La sangre nunca es agradable. Menos aún si es la propia.

Pero, bueno, ya estaba recuperándose. Ya se había puesto en pie. Un poco tambaleante, es cierto, pero enseguida se encontraría como si no hubiera pasado nada.

Lo malo era que había perdido de vista a lord Windon. ¡Cualquiera adivinaba lo que podía haber hecho durante aquel rato!

Nada bueno. Seguro. El pobre hombre se hallaba tan ofuscado, tan ciego, tan enajenado, que no podía esperarse de él ninguna reacción sensata y coherente.

En fin, ya era tarde para seguirle los pasos. Lo mejor que podía hacer era volver a la casa. Claro que, por descontado, no se acostaría sin saber qué había sido de lord Windon.

Al llegar a la casa, se encontró la puerta tal y como él mismo la había dejado al salir. De lo que se desprendía que lord Windon aún no había regresado.

Se dirigió al salón, encendiendo la luz.

Luego se fue directo al mueble bar, y se sirvió un whisky doble que se tomó de un solo trago. Le estaba haciendo falta.

Volvió a tocarse la cabeza. Caray, cómo dolía, cómo escocía aquello. Menos mal que él no era un quejica.

Oyó que alguien entraba en la casa. Se adelantó hacia la puerta que daba al vestíbulo. —Buenas noches —saludó.

Lord Windon no esperaba encontrarse con la luz encendida del salón. No esperaba encontrarse con nadie levantado. Demostró su indudable desconcierto.

—Le suponía reposando —dijo Tommy.

—No, no… —repuso lord Windon. E improvisó—: He salido a dar una vuelta.

—¿Se ha encontrado con alguien? —le preguntó.

—No —mintió—. Con nadie.

La expresión de su rostro le traicionaba. ¡Había un brillo ilusionado y radiante en sus ojos! ¡Un brillo de incontenible e inenarrable dicha!

—¿De veras no pasa nada…? —inquirió Tommy.

—Absolutamente nada —contestó lord Windon.

No quería sincerarse, y menos aún con el detective. De saber lo que se proponía hacer, seguro que intentaría sacarle la idea de la cabeza. Y

eso no debía consentirlo. De ninguna de las maneras. ¡Debía recuperar a Sarah!

—Pues si todo va bien… —dijo Tommy entre dientes—que descanse a gusto, lord Windon.

Cuando el detective llegó a su habitación, se fue directamente al cuarto de aseo.

Se curó la herida, lo mejor que pudo.

No pudo muy bien, ésta es la verdad. Pero la herida ya no sangraba, así que no le planteó problemas.

Poco rato después se acostaba y se quedaba dormido.

*

Leo Menneng, el que fuera otro de los fervientes admiradores de Jacqueline, solía salir a aquella hora de la gasolinera donde prestaba sus servicios.

Pero tras haber efectuado su último servicio, vio que se acercaba el coche blanco de su amigo Rod Hollman y se quedó esperándole.

Bueno, lo cierto es que ya no podía considerarle su amigo. Desde que Jacqueline apareció en sus vidas, entre ellos surgió una encarnizada pugna, una creciente rivalidad. Terminaron odiándose.

Pero si Jacqueline había muerto, ¿por qué no poner un poco de buena voluntad y volver a ser amigos?

Leo Menneng pensó que el primer paso podía haberlo dado Rod Hollman. Sin embargo, recordó que su amigo se estaba emborrachando a menudo y sacó la conclusión de que ese primer paso le correspondía a él.

Cuando el coche blanco estuvo cerca, Leo Menneng levantó el brazo e hizo señal de parada.

—¿Qué quieres…? —había de preguntarle Rod Hollman luego de haber parado.

—Hola, Rod —le saludó. Y enseguida—. ¿Te pasa algo…? Te veo muy trastornado…

—No soy capaz de enfrentarme a Jacqueline… —murmuró Rod Hollman—, Desde hace más de media hora estoy parado en la carretera llamándome cobarde una y otra vez… Pero no, no puedo…

—Por favor, Rod —dijo Leo Menneng—, no hables así. Los dos sabemos de sobras que Jacqueline murió.

—Ese hombre, Orson Wyn, con sus poderes sobrenaturales, consiguió en el bar…

—¡Tonterías! —exclamó Leo Menneng—. Eso que cuentan no es posible…

—Yo estaba allí… Yo la vi…

—Habrías bebido unos cuantos whiskies, ¿no es eso?

—La vi, te lo aseguro…

—Me gustaría que volviéramos a ser amigos, Rod. No tiene sentido que sigamos tan distanciados.

—Tienes razón, Leo —Rod Hollman esbozó una sonrisa—. No tiene sentido que sigamos tan distanciados.

—Mañana pasaré por tu casa, saludaré a tu madre y hablaremos. Si a ti te parece bien… —Me parece estupendo —dijo Rod Hollman—. Créeme, más que nunca necesito de un buen amigo.

—El mejor está a tu disposición.

Poco después el coche blanco seguía su camino y Leo Menneng respiró hondo, satisfecho de haber procedido del modo que lo había hecho.

Seguidamente fue a cambiarse de ropa. En la gasolinera quedaba su compañero, el que hacía el siguiente turno.

—Adiós —se despidió de éste un par de minutos después.

Se dispuso a volver andando a su casa. Como siempre. No había mucho trecho y en menos de un cuarto de hora estaría allí.

Aquel trozo de carretera, empero, pecaba de oscuro. Aunque eso a él no le importaba, le tenía sin cuidado.

Pero aquella noche, sin saber exactamente por qué, presintió algo malo, desagradable.

Se encogió de hombros, diciéndose que era absurdo que le diera por sentirse timorato después de haber hecho tantas veces el mismo itinerario.

Por lo demás, él era un hombre poco dado a sensiblerías. Poco propenso a dejarse impresionar.

En eso, de súbito, vio una silueta al otro lado de la carretera. Se trataba de alguien que por lo visto no esperaba verse sorprendido y que quiso en última instancia retroceder y desaparecer.

Leo Menneng no le dejó hacerlo. Cruzó la carretera, fue hacia allí, le alcanzó y cogiéndole por el brazo le exigió dar la cara.

—Jacqueline…

Porque era Jacqueline quien estaba allí. No, no era posible suponer admitir otra cosa. La evidencia se imponía de la manera más absoluta.

—Sí, soy yo… —contestó la muchacha. Y añadió, balbuceando—: Es… es hermoso haber… haber vuelto a la vida…

—¡Sandeces, preciosa! —barbotó Leo Menneng—. ¡No has vuelto a la vida porque tú no has dejado nunca de estar en este mundo!

—¿Qué… qué… dices…? —y Jacqueline seguía balbuceando.

—¡Digo que yo no soy Rod Hollman y que a mí nadie me hace tragar un anzuelo tan gordo! —no había soltado el brazo de la muchacha y ahora la estaba zarandeando—.

¡Digo que yo no soy idiota! ¡Ni nada que se le parezca!

—Ese hombre de poderes sobrenaturales… —empezó a decir ella.

—¡Al diablo esos poderes inexistentes…! —barbotó de nuevo, sin dejarla proseguir—,

¡Y confiesa que algo muy sucio te llevas entre ceja y ceja! Algo muy sucio tiene que ser… Hiciste ver que te morías, que te enterraban… No ibas a hacerlo así, porque á, simplemente para engañar a los vecinos…

—¡Déjame! ¡Suéltame! —exclamó Jacqueline, y consiguió desasirse de la mano que le sujetaba el brazo.

—Empiezo a sospechar de qué se trata… Sí, claro… —rezongó Leo Menneng.

No dijo nada más, porque Jacqueline, con su vestido largo, de color rojo, echó a correr y se perdió a los lejos.

Leo Menneng pudo perseguirla y alcanzarla, pero optó por no hacerlo. Prefería ir directo a la policía. A hablar con el inspector.

Siguió adelante hacia Kiddppon, cuyas luces destacaban entre la oscuridad de la noche. Ya le faltaba muy poco para llegar.

De pronto, de un modo inesperado, oyó que había alguien tras él. Alguien que debía haber estado escondido, y que ahora aparecía. Lo hacía en el preciso instante en que el factor sorpresa colaboraba a su favor.

Leo Menneng se volvió.

Al menos ésa fue su intención.

No, no llegó a tiempo de ver quién se hallaba tras él. Acababa de quedar inmovilizado al sentir un dolor agudísimo, horrible, espantoso. Dolor que le hizo proferir un angustioso grito.

Le habían clavado un cuchillo de cocina en la espalda. Hasta la misma empuñadura.

Pero no sucedió como en aquella otra ocasión, en el callejón, donde el cuchillo se quedó clavado en la espalda de la víctima.

Esta vez el asesino recuperó el arma, volviendo a arremeter.

De ello que la espalda de Leo Menneng recibiera varias cuchilladas. Por lo menos seis. Las dos últimas cuando ya estaba muerto en el suelo.

CAPÍTULO VIII

CUANDO se enteró de lo sucedido, Tommy Hewit se convenció de que todo aquel asunto se estaba complicando excesivamente.

Y por descontado, se refería al asunto que le había llevado hasta Kiddppon.

—No lo dudes —dijo tuteando a Lucy, la atractiva muchacha que conoció en una fiesta —son piezas del mismo juego.

—¿Tú crees? —se asustó la muchacha.

Le había devuelto el tuteo.

—Sí —ratificó Tommy—, Y desde luego, no puedo permitirme el lujo de actuar con calma. Lord Windon está dispuesto a entrevistarse con ese hombre…

—¿Con Orson Wyn?

—Sí.

—¿Sin decimos nada?

—Eso mismo

—Sí, es posible —convino ella—. Pero, dime, ¿qué te hace suponer que esos crímenes, el del callejón y el cometido cerca de la gasolinera, tienen que ver con…? —consideró innecesario concluir la frase.

—Ha actuado la misma mano asesina —aseguró Tommy.

—El arma homicida ha sido un cuchillo de cocina en las dos ocasiones —admitió Lucy—, pero no ha sido análogo el modo de actuar. En el primer caso, una sola cuchillada… En la muerte de ayer noche, una cuchillada tras otra. No, no parece ser el mismo asesino… Cada asesino tiene su sistema, su técnica… Por lo menos eso dicen…

—Las diferencias que tú has enumerado son las que más me convencen de que se trata precisamente del mismo asesino —observó Tommy.

—Explícamelo mejor —pidió Lucy.

—En el caso del callejón, el asesino asestó una sola cuchillada dejando el arma homicida incrustada en la espalda de su víctima. ¿Qué viene esto a significar…? A mi modesto parecer, una cosa bien clara. El asesino actuaba por primera vez, y como principiante que era, no sólo le faltó serenidad para recuperar el arma sino que creyó que una sola cuchillada bastaría para acabar con la vida de su víctima… Consiguió su propósito, esto es indudable… Pero debió enterarse de que aquel hombre no murió en el acto y de que se fue arrastrando por el callejón… Un poco más y hubiera llegado a tiempo de decir el nombre de su asesino… Por todo lo cual, ayer noche, al cometer el segundo crimen, quiso asegurarse… De ello las diferencias existentes en su modo de actuar…

—Para ti, pues, se trata de la misma persona. Pero ¿por qué

supones que entre esas dos muertes y Orson Wyn…? —también ahora consideró innecesario concluir la frase.

—Tengo que buscar las pruebas precisas —dijo Tommy—, De otro modo no voy a poder desenmascarar al culpable. Se me escurriría como una anguila.

—La policía no recela de Orson Wyn, en ningún sentido —repuso Lucy—. Se comenta lo que sucedió en el bar, pero resulta todo tan absurdo, tan ridículo, que sin duda por eso…

—Claro, la policía no puede tomar en serio algo tan inverosímil. Una muerta que aparece de pronto… No, la gente no cree en cuentos de brujas… Bueno, Lucy, voy a irme.

Procura no separarte de lord Windon.

—Haré todo lo posible. ¿Adónde vas, si no te importa decírmelo?

—A indagar todo lo que me sea posible.

—Suerte.

Antes de separarse de la muchacha, Tommy Hewit optó por no desaprovechar la ocasión.

La encerró entre sus brazos, la estrechó contra su ancho tórax y la besó en la boca, deleitándose largamente en la caricia.

—Eh, que necesito respirar —protestó Lucy.

*

Fue al bar Estrella de Plata; propiedad de Bruce Belsey. Se acercó al mostrador y solicitó un brandy.

—Ese asesino se las gasta —dijo.

No hizo falta más comentario para que la pelirroja y curvilínea Donna le respondiera. —Ha sido horrible. Primero aquí en el callejón y luego cerca de la gasolinera. Sólo de pensarlo me quedo sin respiración.

—Desde aquella noche —dijo Bruce Belsey, quien llegó hasta allí cojeando—, todas son cosas raras.

—Se está refiriendo a la noche en que Orson Wyn vino aquí, ¿verdad? —quiso saber el detective.

—Sí —afirmó Bruce Belsey—. Desde entonces nada marcha bien.

—Será una coincidencia —dijo Donna—. ¿No cree usted?

—No sé… No sé… —contestó Tommy moviendo dubitativamente la cabeza.

—Es un tipo raro ese Orson Wyn —añadió Bruce Belsey—. A mí personalmente no me gusta nada… Y aún me gusta menos el truco que nos hizo… Eso de que aparezcan muertos, o muertas… Vamos, qué a gusto le hubiera dicho que no volviera por aquí… —Pero no se lo dijo y ahora viene frecuentemente, ¿no es eso? —y Tommy se tomó el brandy.

—Viene a diario —repuso Donna—, Parece recrearse con el nervio que nos mete en el cuerpo.

Tommy Hewit siguió hablando con ellos dos, pero cuando se dio cuenta de que ya todo se lo habían dicho, decidió pagar el brandy y marcharse.

Se fue a la casa de Rod Hollman, donde encontró a éste con su madre.

Era día festivo, así que su madre no se había visto obligada a abrir la boutique.

—¿Y usted quién es…? —preguntó Rod Hollman, que estaba ya bastante borracho a aquella hora de la mañana—. Ah, sí, le recuerdo… Le vi en el bar…

Rod Hollman acababa de aparecer en el vestíbulo. Medio tambaleante.

—Soy detective —contestó Hewit—. Estoy investigando la muerte de Leo Menneng. Era amigo suyo, ¿verdad?

—Pase, por favor —invitó la señora Hollman, una mujer alta, bien vestida, cuidadosamente maquillada.

—Sí, sí… —asintió Rod Hollman—, era amigo mío. Aunque últimamente nos habíamos enemistado algo.

—¿Puede decirme por qué se enemistaron? —había de preguntar Tommy ya en el interior de la casa.

—Conocimos a una muchacha llamada Jacqueline —dijo Rod Hollman—, y los dos nos interesamos por ella.

—Le ruego que se haga cargo de que mi hijo ha bebido un poco de más… —repuso la señora Hollman.

—He bebido, sí, es cierto —asintió Rod Hollman—, pero sé perfectamente lo que me digo. Pregunte, pregunte usted… Me gustaría poder ayudar a desenmascarar al asesino…

—Usted habló con Leo Menneng poco antes de que muriera a cuchilladas, ¿no es eso?

—Sí, en efecto. Yo pasé con mi coche y él me hizo señal de parada. Estaba en la gasolinera, ¿sabe?, era su lugar de trabajo.

—¿Y qué le dijo?

—Deseaba que volviéramos a ser buenos amigos. Yo le dije que si, que me parecía estupendo. Quedamos en que vendría hoy a verme.

—Y hoy está muerto…

—Es horrible, espantoso —intervino la señora Hollman—. ¿Quién ha podido hacer una cosa así?

—Antes o después lo sabremos, señora. Pero sigamos, aclaremos algo más… ¿Vio asustado a su amigo? —volvió a dirigirse a Rod Hollman.

—No —fue la respuesta.

—¿Nada, pues, le hizo sospechar que su amigo pudiera estar en

peligro?

—En absoluto.

—Y respecto a usted —dijo Tommy—, ¿de dónde venía…? Para atar cabos, ¿comprende?

—¡Oh, no estará sospechando de mi hijo! —protestó la señora Hollman, tan alterada que hasta pareció descomponerse su cuidado maquillaje.

—Se trata de un simple interrogatorio, mamá —repuso Rod Hollman—. No dramatices. Las madres… —agregó, mirando a Tommy —siempre dramatizan. Supongo que debe ser por lo mucho que quieren a sus hijos. ¿De dónde venía…? Pues se lo diré… Claro que se lo diré… ¿Por qué no iba a decírselo?

Pero antes de decidirse a hablar optó por tomarse una nueva copa. Volvió a sentir seca la garganta.

—¿Quiere usted una? —ofreció.

—No, gracias —dijo Tommy.

—Por favor, hijo, ya has bebido bastante. Vas a acabar no sabiendo lo que dices… —Parece temerosa, señora —observó Tommy—, de que su hijo diga algo de más.

—Mi hijo no tiene nada que ocultar —aseguró—. Sin embargo, desde que dice que vio aparecer a Jacqueline, yo prefiero que esté callado, que no hable de ello… Me causa una enorme zozobra, una terrible desazón, oírle referirse a todo eso… Me da la sensación como si no estuviera bien de la cabeza…

—¡Pues lo estoy! —exclamó Rod Hollman tras beberse el contenido de la copa de un solo trago—. Así que voy a responderle a usted sin separarme ni un solo ápice de la verdad…

—Se lo agradeceré —afirmó Tommy.

—En el cementerio me esperaba Jacqueline… —empezó a decir, pero no pudiendo permanecer indiferente al hecho que relataba se puso a temblar.

—Jacqueline murió —le recordó Tommy—, Fue enterrada hace ya varios meses.

—Volví a verla en el bar… —explicó Rod Hollman—, Como la vieron todos los que estaban allí… Debido a los poderes sobrenaturales de Orson Wyn… —pero se había puesto a temblar tanto que se vio obligado a buscar un asiento en el que dejarse caer.

—Te lo ruego, hijo, cálmate —dijo la señora Hollman.

—Orson Wyn me aseguró que si iba por la puerta trasera del cementerio, si entraba y si la llamaba una y otra vez, ella acabaría presentándose. Quedamos en eso. Sin embargo, llegado el momento me faltó el valor… Así que decidí no ir… Cuando pasé por la gasolinera, regresaba a mi casa después de haberme llamado cobarde una infinidad de veces.

—Y habló de todo ello con lord Windon, ¿no es eso? Al menos me han asegurado que usted y lord Windon estuvieron…

—Sí, es verdad —asintió Rod Hollman—, y fue él quien acudió al cementerio en mi lugar. No, no sé lo que pudo o no pasarle. No he querido preguntárselo. En realidad, deseo olvidarme de todo esto… Si es posible, que mucho me temo que no lo sea…

—Jacqueline era una muchacha muy guapa —dijo la señora Hollman—. De ello que cuando llegara a Kiddppon causara verdadera sensación. Pero murió y lo sensato es olvidarla.

—Por cierto —observó Tommy—, ¿tiene alguna fotografía de ella?

—Sí, tenemos varias —contestó la señora Hollman—. En grupo, eso sí… ¿Quiere verlas?

—Iba a pedírselo.

La señora Hollman se dirigió a un mueble, abriendo uno de sus cajones. De allí sacó un álbum.

—Mire, ésta es Jacqueline… —le indicó a la muchacha—. La fotografía fue hecha un día que salimos al campo… El joven que está situado a la izquierda es Leo Menneng… El señor que se halla a su lado es su padre… Bueno, yo estoy al fondo, sin duda ya me ha visto usted…

—¿Le molestaría que me llevara esta fotografía?

—¿Para qué la quiere usted? —preguntó Rod Hollman, que se había levantado de su asiento y se disponía a tomarse otra copa.

—Para ampliarla —contestó Tommy.

—¿Y con eso va a conseguir algo?

—Es posible.

—Bueno, llévesela si quiere.

—Gracias.

Cuando salió de aquella casa, Tommy Hewit vaciló un momento. Estaba pensando por dónde proseguir sus investigaciones.

Se decidió por la gasolinera.

Y tuvo suerte, pues se encontró con el empleado que hada su tumo cuando Leo

Menneng solía acabar con el suyo.

—Mientras el jefe no encuentre sustituto —le informó—yo haré horas extras. —Comprendo.

—¿Qué quiere preguntarme? —pero antes de que Tommy se lo dijera—. Poco voy a poder decirle. Yo no vi nada.

—¿Y tampoco oyó nada? Al recibir aquellas cuchilladas, al menos al recibir la primera de ellas, Leo Menneng debió gritar.

—Creí oír algo, en efecto —asintió—. Pero la verdad es que no hice caso.

—¿Estaba Leo Menneng más nervioso que de ordinario? —le preguntó seguidamente. No.

—Entonces, ¿le pareció que todo era normal?

—Sí.

—¿Qué me dice de Jacqueline, de aquella muchacha de la que Leo Menneng se enamoró?

—Yo no me hubiera casado con ella —contestó—. La chica era muy guapa, no voy a decirle una cosa por otra, pero para mí que tenía muchas horas de vuelo… Aunque se las daba de mosquita muerta… Bueno, quizá lo enfoco así —reconoció—porque yo le fui detrás y no me hizo el menor caso.

—¿Acudió usted a su entierro?

—Sí. Claro que sí.

—Fue una pena que no pudiera hacerse nada por ella, tan joven —comentó Tommy. —Yo nunca hubiera podido imaginar que fuera ése su final. Lo que dice usted, tan joven… Además, que el viejo doctor Dooper era muy competente.

—¿Era…? —preguntó Tommy—. ¿Acaso ha muerto?

—No, que yo sepa. Pero se fue de Kiddppon poco tiempo después de la muerte de Jacqueline. Dejó su puesto al joven doctor Cotts, que es el que tenemos actualmente.

—¿Adónde se fue a vivir el viejo doctor Dooper? ¿Lo sabe usted?

—No, no lo sé.

Tommy Hewit pensó que le convenía ver al doctor Cotts y pedirle la dirección de su antecesor.

El joven doctor Cotts había de responderle.

—Lamento no poder facilitarle su dirección. Tampoco yo la sé.

CAPÍTULO IX

LLEGÓ la hora de acostarse y la curvilínea y pelirroja Donna se dispuso a dar a su marido el somnífero que solía tomar todas las noches.

—Desde que me recetaron estas pastillas —acababa de decir Bruce Belsey—duermo de un tirón. Así da gusto.

—Ahora mismo te las traigo.

Se dirigió a la cocina y puso dos dedos de agua en un vaso. En este contenido disolvió dos pastillas de aquel frasco que, una vez debidamente cerrado, llevó a su marido como si tal cosa.

Bruce Belsey abrió el frasco, cogió una de aquellas pastillas y se la llevó a la boca. Se la tragó ayudado por los dos dedos de agua.

—Que duermas a gusto, querido —dijo Donna.

—S, me hace falta, hoy ha habido mucho trabajo. Mañana haremos el amor, ¿eh?

—Sí, querido —contestó.

Donna se desvistió y apagó la luz, metiéndose en la cama.

Y quedó a la espera de oír los ronquidos de su marido.

Que no tardarían en llegar. Claro, era lógico que se durmiera poco menos que en el acto. Tenía en su estómago tres somníferos. Dos que le había dado ella y uno que se había tomado él.

Cuando Donna se convenció de que se hallaba profundamente dormido echó a un lado las sábanas y se escurrió de la cama

Unos minutos más tarde se hallaba nuevamente vestida.

Por lo demás, abrió el armario y sacó el abrigo. La noche debía ser muy fría.

Salió del bar.

Antes de hacerlo, sin embargo, se aseguró de que nadie iba a verla. Pero no, no transitaba nadie por allí, así que enseguida pudo doblar la esquina y echar a andar por el oscuro callejón.

Poco después desembocaba al otro extremo y se hallaba junto a una casa de planta baja que hasta hacía poco había estado desalquilada.

Llamó a la puerta.

Un timbrazo rápido, un poco nervioso, que fue oído con prontitud. De ello que se abriera la puerta sin apenas hacerla esperar.

—Hola, cariño —fue éste el saludo del hombre que acababa de franquearle la entrada. Ese hombre era Orson Wyn.

Donna entró en la casa, cerrando la puerta a sus espaldas. Se apoyó en la hoja de madera.

—¡Qué ganas tengo de que concluya todo esto! —exclamó.

—Estamos ya casi al final… —dijo él—. Qué, ¿nadie te ha seguido,

nadie te ha visto entrar aquí?

—No, nadie.

—¿Y tu marido?

—Se ha quedado dormido como un lirón, como siempre. No despertará hasta mañana.

—En ese caso, toda la noche es nuestra…

—Sí —sonrió Donna, y se acercó a Orson Wyn dispuesta a echarle los brazos al cuello.

Orson Wyn se apartó, mientras decía.

—Deja que me ponga presentable.

Y acto seguido se dirigió al espejo del cuarto de aseo y se quitó la peluca que llevaba.

Por lo que el cabello blanco dio paso a un pelo negro, rizado y lustroso. También estiró de la barba entrecana, despegándosela de la cara. Apareció un rostro joven, de unos treinta y tantos años.

—Ahora me gustas más —aseguró Donna.

Orson Wyn se la llevó hacia la cama.

Poco después de haberse amado, aún desnudos y abrazados, él había de decir.

—Cuando seamos ricos, cuando consigamos lo que nos proponemos, no será necesario que nos separemos nunca… Ahora, sin embargo, hemos de tener mucho cuidado…

—¡Si supieras lo desagradable que me resulta tener que volver con Bruce! —se lamentó ella—. Nunca le he querido, me casé con él por el bar, por poder considerarme dueña de algo… Pero le encuentro aburrido e insufrible… Como insufrible encuentro su cojera… ¡Cuando le comparo contigo, tan apuesto y tan apasionado!

—Ten paciencia Dentro de poco…

—¿Tú crees que todo irá bien? —preguntó, como si lo estuviera poniendo en duda.

—Claro que lo creo. Lord Windon no tardará en ir al bar, a buscarme… Estuvo en el cementerio, en lugar de Rod Hollman, ¿no? Pues eso ya lo dice todo…

—¿Y si finalmente comprende que todo eso de poderes sobrenaturales, de poder mental, de fuerza psíquica, no son más que…?

—Adoraba a su hija, y desde que la perdió se siente desesperado. En tales condiciones es fácil desvariar. Y es lo que hace, de lo cual nosotros nos vamo6 a aprovechar.

—Ese joven que va investigando… —empezó a decir Donna, y había fruncido el entrecejo.

—A mí me dijo que es el secretario particular de lord Windon. Pero yo me he enterado, es detective, así que no me gusta verle metido en esto. De todos modos, no te preocupes, antes de que se dé cuenta tú y

yo habremos levantado el vuelo…

—¿Estás seguro de que no fallara nada en el último momento? —Donna parecía seguir sin tenerlas todas consigo.

—Estoy completamente seguro. ¿Y sabes por qué? —su mirada se hizo dura, cruel—. Porque estoy dispuesto a todo, ¡a todo!, antes de permitir que se me escape esta oportunidad.

—¿Dispuesto a todo…? —preguntó Donna.

—A matar cuantas veces sea necesario —ratificó—. Estoy harto de ser pobre, ¿comprendes?

—Sí, creo que tienes razón —aceptó ella—. Cualquier extremo, incluso matar, debe quedar justificado entre nosotros tratándose de una cifra de dinero como la que está en juego. Porque vas a pedir mucho dinero a lord Windon, ¿verdad?

Orson Wyn le dijo la cifra.

—¿No será demasiado?

—No, aceptará. Por cierto —terció Orson Wyn—, repíteme lo que vamos a hacer, lo que tenemos concertado. No quiero que surjan imprevistos. Anda, repítemelo todo…

*

Lo que tenían concertado era que Orson Wyn pidiera a lord Windon quinientas mil libras, metidas en un maletín. Antes le habría asegurado que, así que recibiera el dinero, encontraría viva a su hija Sarah. En el cementerio, apenas la llamara un par de veces.

Ya con el dinero en su poder, Orson Wyn se dirigiría al callejón al que daba la parte lateral del bar. Y una vez junto a la tapia correspondiente al patio del bar, tras asegurarse de que nadie se percataba de su presencia, tosería repetidamente. Donna estaría al otro lado de la tapia a la espera de su llegada, de su señal, y le haría notar su presencia. De este modo no perderían tiempo abriendo y cerrando la pequeña puerta que daba al callejón. Entonces, pues, Orson Wyn le arrojaría el maletín con el dinero, que ella escondería en la trastienda. En un lugar seguro, bajo unos tablones, en una trampa que había preparado en el suelo. Cerca de donde se amontonaban las cajas de cerveza.

Cuando lord Windon se diera cuenta de que Orson Wyn le había engañado, se indignaría y acudiría a la policía a denunciar el hecho. No cabía suponer otra cosa.

Orson Wyn diría que nada de aquello era cierto, lo negaría rotundamente, asegurando que lord Windon era un hombre trastornado por el dolor. Por lo demás, aseguraría a la policía que cuanto pudo hacer y decir en el bar sólo fue un truco. Un truco más de los muchos que él sabía. Era un artista, no había que olvidarlo.

Como la policía no podría demostrar lo contrario, y como no le encontrarían el dinero por ninguna parte, por mucho que buscaran, Orson Wyn quedaría libre de culpas.

Entonces se iría de Kiddppon. Y pocos días después se le reuniría Donna, con el maletín deliciosamente lleno. Por lo demás, dado que ya tenían preparados lce pasaportes, no tardarían en encontrarse en otro país. Ricos y felices.

—¿Qué vida lleva Jacqueline…? —había de preguntar Donna, tras haber enumerado los futuros pero ya cercanos planes.

—Jacqueline… —ironizó Orson Wyn—ya no tiene nada que hacer aquí, su cometido ha concluido. Así se lo he hecho saber esta mañana, por lo que ya debe hallarse de nuevo en Londres.

—Tras haber cobrado lo que le ofreciste.

—Claro, todo se hace por algo y ella no iba a ser la excepción. Pero no sigamos hablando, es mejor que vuelvas a tu casa. Un poco de prudencia nunca está de más.

—No me seduce en absoluto la idea de volver junto a Bruce, te lo aseguro. Sin embargo, comprendo que tienes razón. Vale más que tengamos un poco de prudencia. Pero antes, bésame otra vez.

Donna estaba muy enamorada de aquel hombre.

Orson Wyn no se hizo de rogar. Sentía una gran pasión por la mujer que estaba estrechando entre sus brazos.

—Recuerdo el día que nos conocimos —dijo Orson Wyn poco después—. ¡Quién me hubiera dicho entonces que íbamos a urdir este plan…!

—Y sin embargo —repuso Donna—el plan surgió casi sin pensarlo. Yo acababa de ver tu número en el teatro y había quedado fascinada, Poco menos que con la boca abierta… Tú me viste y me invitaste a tomar algo… Yo te dije, sin dar importancia a mis palabras, que si de verdad fueras capaz de volver a la vida a personas muertas, poco te costaría hacerte rico… Te dije también, como dándote un ejemplo, que donde yo vivía, la localidad de Kiddppon, había un tal lord Windon, un hombre fabulosamente rico, cuya única hija iba a morir… Padecía una incurable enfermedad y nada podía hacerse por ella…

—Y poco más hizo falta —prosiguió Orson Wyn—para que, tras enamoramos uno del otro, decidiéramos prepararlo todo para cuando llegara el momento idóneo… Bueno, vístete y vete ya, Donna. No vaya a despertar tu marido.

—Ese no se despierta hasta mañana —aseguró Donna—, No te preocupes. De todos modos, sí, es mejor que me vaya ya.

*

Tommy Hewit se había quedado junto a lord Windon, que según

aseguró se sentía muy desvelado.

Lucy tampoco se había retirado de su habitación.

Así que estaban los tres juntos en el salón, cerca de la encendida y crepitante chimenea. Hasta que fueron las tantas y lord Windon dijo que estaba cansado y que lo mejor que podía hacer era ir a acostarse.

Tommy había de tardar escasos segundos en imitarle. Los suficientes, no obstante, para poder acercarse a la muchacha y decirle por lo bajo.

—Mañana por la tarde debes ir a dar un largo paseo. Es necesario que dejes libre de movimientos a lord Windon.

—Creía que debía hacer todo lo contrario —adujo ella.

—Ya no —aclaró Tommy.

—¿Entonces…?

—Sales a dar un paseo, lo dicho. Yo por mi parte me ausentaré con cualquier pretexto.

Lord Windon podrá actuar del modo que desee.

—Irá en busca de Orson Wyn, de ese farsante, de ese…

—Estoy convencido de ello.

—¿Y es lo que deseas? —preguntó.

—Sí.

—Pero… pero…

—Si el asunto tiene que acabar —dijo Tommy—hemos de atrevernos a metemos de lleno en el desenlace, cualquiera que éste pueda ser.

CAPÍTULO X

EN el bar habían ocho o nueve personas. No más.

Desde que Orson Wyn iba por allí, sus habituales parroquianos parecían no sentirse demasiado a gusto. De ello, sin duda, su ausencia.

Aquella noche, Orson Wyn ocupaba su mesa de siempre. Era Como si aquella mesa fuera ya suya.

La pelirroja y curvilínea Donna, con absoluta naturalidad, acababa de servirle la consumición solicitada a aquel hombre alto, delgado, de cabello blanco y barba entrecana.

En ese momento entró lord Windon en el local.

Miró a su alrededor, localizó a Orson Wyn y fue directamente a su encuentro.

Orson Wyn le recibió con una mirada fija. Con esa mirada magnética, hipnótica, que solía impresionar a todo el mundo.

—Aquí me tiene. Soy lord Windon.

—Siéntese —se limitó a responderle.

—Ya que usted no ha querido ir a mi casa…

—Aquí nadie nos molestará. Dése cuenta, la mesa está apartada, es un lugar discreto. —Sí, es cierto —asintió lord Windon. Quien quiso ir directamente al asunto, por lo que preguntó—: Ya sabe para qué estoy aquí, ¿no es eso?

—Sí.

—Dígame, ¿cuánto me pide por volver a mi hija a la vida? —la expresión de lord Windon era enajenada, delirante.

Había bajado la voz, convirtiéndola casi en un susurro. También la bajó Orson Wyn al responderle.

—Quinientas mil libras.

Esperaba que lord Windon dijera que era demasiado dinero.

—De acuerdo —fue la respuesta.

Una respuesta que no se hizo esperar lo más mínima —En billetes de banco, metidos dentro de un maletín —puntualizó Orson Wyn, convencido ya de que no iban a surgir inconvenientes de ningún tipo.

—A su gusto —dijo lord Windon.

—Apenas me entregue el dinero, podrá dirigirse al cementerio, a su puerta trasera, que encontrará entreabierta… Una vez dentro, deberá llamar a su hija por su nombre… Ella no tardará en aparecer. Y usted la habrá recuperado para siempre…

—Sí, sí… —asintió lord Windon, y seguía su expresión enajenada y delirante.

—Sin embargo, le aconsejo que se lo piense un poco mejor… —dijo Orson Wyn—. Cuando esté seguro me lo hace saber y…

—Ya estoy seguro.

—Rod Hollman también quería que Jacqueline volviera a la vida, y cuando pudo conseguirlo, cuando tuvo su anhelo al alcance de las manos, se volvió atrás, se acobardó… No quisiera que con usted pudiera pasar lo misma —¡Oh, no! —aseguró lord Windon—. Yo no cambiaré de parecer, ni hoy, ni mañana, ni nunca. ¡Yo quiero con vida a mi hija Sarah!

—En tal caso, sólo nos queda referimos a los pormenores… Pero ha de prometerme que no hablará con nadie de esto… —le advirtió Orson Wyn, queriendo autoprotegerse.

—Se lo prometo —repuso lord Windon—. No hablaré con nadie.

—Si lo hiciera, nuestro trato quedarla roto. Se lo digo una vez. No voy a repetírselo.

—Ni va a hacer falta.

—Me he enterado de que tiene un detective en su casa. De ello que le hable con ciertos recelos.

—Le ha contratado mi secretaria. Ella no cree en sus poderes… Yo sí, yo sí… —se apresuró a decir, siempre con su expresión enajenada y delirante—. Estuve en el cementerio, ¿sabe?, en el puesto de Rod Hollman, y vi a Jacqueline… Sí, era ella… La reconocí perfectamente… Y si era ella, una muerta, ¿por qué no ha de poder ser mi pobre Sarah, mi pobre hija, la que abandone el mundo de los muertos…?

—Abandonará ese mundo —le prometió Orson Wyn—. Yo se lo garantizo. Pero aclaremos, ¿cuándo podrá conseguir el dinero?

—Mañana mismo.

—Perfecto. Pero recuerde, no debe explicar nada al detective ese…

Insistió en ello. Quiso asegurarse de que todo iba a ir bien.

Para él, claro. Para él y para Donna. El resto del mundo le tenía sin cuidado.

—No diré nada a Tommy Hewit —aseguró lord Windon—. Es un joven muy agradable, y desea lo mejor para mí, lo mismo que Lucy. Pero ellos no saben que lo mejor para mí es recuperar a Sarah…

—Puede darla por recuperada —Y Orson Wyn concretó—: Mañana a media noche deberá llevar el dinero al lugar que yo le indicaré, y acto seguido podrá ya dirigirse al cementerio. Allí encontrará a su hija.

*

Rod Hollman tenía un vaso de whisky en la mano. Volvía a estar bebido.

Su madre, aquella señora alta, bien vestida, cuidadosamente maquillada, le miraba con expresión consternada.

—Hijo, vas a acabar borracho —se decidió a decirle—. Por favor,

sé un poco comedido.

—¿Qué hay de malo en que acabe borracho? —y el whisky del vaso fue a parar a su gaznate—. ¿Puedo saber qué hay de malo en eso…?

—Sí, puedes saberlo —repuso la señora Hollman. Y no esperó a otro momento para recordarle—. Han asesinado a Leo Menneng, a quien tú aborrecías, a quien tú odiabas con toda tu alma…

—Yo no —replicó Rod Hollman—. Aquello pasó.

—Pero todo el mundo sabe de tus anteriores sentimientos… De tu aborrecimiento, de tu odio hacia él… ¿No comprendes que puedes resultar sospechoso a la policía? Hazte cargo, debes proceder con cautela y debes saber en todo momento lo que dices…

—¿Acaso no sé lo que me digo porque beba un par de whiskies? —protestó el joven—.

Vamos, mamá, exageras de un modo lamentable.

—Ayer mismo —dijo la señora Hollman—insinuaste que tú sabías quién era el asesino de Leo Menneng, que al menos te lo imaginabas… Y yo me pregunto, si te oyen decir eso, ¿qué pensara la gente? Pues que te lo inventas para echar a un lado las sospechas que puedan estar recayendo sobre ti… Porque tú, de verdad, de verdad, no puedes estar sospechando de nadie… ¿Verdad que no?

—Creo saber quién es el asesino —aseguró Rod Hollman, y se estaba sirviendo un nuevo whisky—. Te lo dije ayer y ahora te lo repito. Pero no puedo precipitarme en mis juicios, antes tengo que asegurarme, ¿te haces cargo, mamá?

—No te metas en líos… —se angustió la señora Hollman—. Si hay algo que averiguar, eso le corresponde hacerlo a la policía, no a ti.

—Estás temiendo que me pase algo… Se te nota en la cara, mamá. No, no te preocupes. Lo que haga lo haré bien.

—Ese asesino no se anda con chiquitas. Seis cuchilladas en la espalda de su víctima…

—Además —dijo Rod Hollman—mató también a aquel hombre, en el callejón. Todo hace presumir que se trata de la misma mano homicida.

—Pues si te haces cargo del riesgo que entraña todo este asunto, por favor, hijo, pon un poco de cabeza y abstente de todo aquello…

La señora Hollman no pudo más y se echó a llorar.

CAPÍTULO XI

GRATAMENTE sorprendido porque ni el detective ni Lucy fiscalizaban sus actos, lord Windon se dedicó, ante todo, a conseguir el dinero que necesitaba.

Ya con los billetes metidos en un maletín de cuero negro, de cierres dorados, regresó a su casa. Obsesionado con la idea de reunirse con Orson Wyn, la única que bailoteaba en su mente, en una mente que desgraciadamente desvariaba, no se percató de que era seguido. Por Tommy Hewit.

Cuando el da empezó a declinar, lord Windon se dijo que ya faltaba poco.

No obstante, la hora concertada eran las doce de la noche. Ni antes ni después. Junto a un grupo de matorrales que habla al pie mismo de la carretera, antes de llegar a la gasolinera.

Las horas que faltaban se le hicieron largas, inacabables. Pero el reloj iba avanzando, así que cada vez estaba más cerca el momento ansiado.

No, lord Windon no recapacitaba sobre todo aquello. Tal vez no quería hacerlo y se cerraba absurda y obstinadamente en si mismo, en sus propias, trastornadas y locas esperanzas.

Su hija había muerto y desgraciadamente ya nunca podría recuperarla, pero él parecía empeñado en no admitirlo así. Tal pensamiento, posiblemente, ya no cabía en su cerebro. Un cerebro que daba evidentes muestras de haber acabado dañado, enfermo.

Miró su reloj. Por fin era ya la hora de salir de la casa.

Sabía que Tommy Hewit y Lucy no le molestarían. Estaban en Londres y tardarían en regresar. Así al menos se lo habían dicho, y él se lo había creído. En consecuencia, estaba convencido de que podría desenvolverse con entera libertad.

Cogió el maletín y salió de la casa.

La noche no era excesivamente oscura, la luna brillaba en un lugar del cielo. Pero sí era una noche muy fría. Tan fría que los huesos se entumecían.

Cualquier otra persona, posiblemente, no se hubiera sentido segura llevando tanto dinero encima. Pero lord Windon estaba lejos de dejarse arrastrar por ninguna clase de temor.

Cuando llegó junto al grupo de matorrales que había al pie de la misma carretera, antes de llegar a la gasolinera, se dio cuenta de que Orson Wyn aún no había llegado.

No obstante, debía estar muy cerca, pues a los pocos instantes se dejó ver.

—Aquí tiene el dinero —le dijo lord Windon, y le entregó el

maletín de cuero negro y cierres dorados.

Orson Wyn abrió el maletín. No quería sorpresas. Debía asegurarse de que lord Windon jugaba limpio.

El juego sucio le correspondía a él.

—Está todo… —dijo lord Windon—. No tiene por qué dudarlo… Sarah es lo primero para mí… —y seguía con la mirada de siempre, enajenada y delirante.

—Perfecto —dijo Orson Wyn tras contemplar el dinero.

Tras cerrar el maletín, se incorporó. Y fue entonces cuando la rama de uno de aquellos altos matorrales le arañó la cara, haciendo que se desprendiera un trozo de su barba entrecana.

—Verá usted… —se justificó Orson Wyn, dándose cuenta de que la circunstancia no había pasado inadvertida a lord Windon—, la verdad es que voy caracterizado… En el teatro me lo exigen, ¿sabe? Un hombre mayor impresiona más… Es cierto —amplió—que ahora no trabajo… Pero volveré a actuar en breve… Sí, voy a hacerlo a pesar de este dinero. Tengo firmado un contrato que no finaliza hasta final de año.

—Ah —fue el único comentario de lord Windon.

Poco después se separaban.

Lord Windon se dirigió hacia el cementerio. Una vez allí buscaría la puerta trasera.

Orson Wyn se encaminó rápidamente hacia Kiddppon. Estaba cerca. En pocos minutos llegaría.

Cuando ya estuvo junto al callejón, Orson Wyn se detuvo. Tenía que estar seguro, muy seguro, de que nadie le veía hacer aquello.

Pero no había absolutamente nadie por allí, así que se decidió a doblar la esquina y a meterse en el callejón. Se paró más allá, junto a la tapia correspondiente al patio del bar. Ya allí, tosió dos o tres veces.

Y Donna, que estaba al otro lado de la tapia y que había oído la señal convenida, le dijo: —Cuando quieras. Todo va bien.

Orson Wyn tomó impulso con el brazo y arrojó el maletín por encima de la tapia.

Oyó el ruido que hacía al caer.

Se habían ahorrado el tener que abrir y cerrar la pequeña puerta. Ganaban tiempo. Algo muy importante en aquellos momentos.

Instantes después, Donna cogía el maletín y lo metía en la trastienda. Su marido estaba sirviendo en el mostrador, por lo que pudo actuar sin excesivas precipitaciones.

Tal como tenían concertado, Donna escondió el maletín bajo unos tablones, en una trampa que había preparado en el suelo. Cerca de donde se amontonaban las cajas de cerveza.

Después volvió al bar, donde su marido estaba sirviendo a unos nuevos parroquianos.

—Yo te ayudo, querido —le sonrió.

*

Orson Wyn se había dado buena maña en desaparecer del callejón sin ser visto.

Bueno, eso de que nadie le había visto era sólo una mera apreciación del propio interesado. Lo cierto es que alguien le había seguido los pasos. Lo suficientemente de cerca como para adivinar lo que había hecho.

Porque si entró en el callejón con un maletín y había salido sin él…

Pero esa persona que le había seguido, había actuado con prudencia para no ser descubierto.

Esperó a que Orson Wyn se alejara de allí. Después avanzó entre las sombras del callejón.

Y así, Rod Hollman, pues se trataba de él, llegó hasta la tapia correspondiente al patio del bar. ¿No era allí, exactamente allí, donde había visto detenerse a Orson Wyn?

Ya junto a la tapia, Rod Hollman buscó por donde encaramarse. Era joven, y ágil, aunque había bebido de más y eso no iba a favorecerle.

De todas maneras, treparía por la tapia. Aprovecharía cualquier grieta, cualquier ladrillo saliente, lo que fuera. No, no le costaría dejarse caer al otro lado.

Ya en el interior del patio, se metió en la trastienda sin querer esperar a otro memento.

Quiso aprovechar que la puerta había quedado entreabierta.

Ya en la trastienda, mientras oía las voces de los clientes en el bar, empezó a buscar.

Por aquí y oír allá. Por algún sitio tenía que estar el maletín

Hallándose en un cuarto dedicado a almacén, Rod Hollman se agachó de pronto tras varias de las cajas que tenía delante. Cajas de cerveza. Y contuvo la respiración. Bruce Belsey se estaba acercando. Sí, era él. Su cojera resultaba inconfundible.

Pero Bruce Belsey cogió un par de botellas de brandy de un aparador y volvió a salir de allí.

Rod Hollman pensó que no debía precipitarse. Lo mejor sería que se quedara dónde estaba, quieto, a la espera de que el bar se cerrara y de que sus propietarios se fueran a dormir.

Entonces, con mucha más inmunidad, podría buscar lo que buscaba.

Pasó un rato.

No hubiera sabido decir cuánto. A Rod Hollman le había parecido

un rato muy largo.

Una hora como mínimo. Tal vez más.

Pero ya todo era silencio. Ya no quedaba ningún cliente. El bar se había cerrado.

En eso, Rod Hollman oyó unas pisadas. En la misma trastienda. En medio de la oscuridad que no era absoluta pues entraba cierta claridad por un ventanuco enrejado que daba al callejón.

Rod Hollman se estremeció.

Acababa de ver cerca de él, alzado en el aire, en medio de una mano de dedos crispados, un cuchillo de cocina…

Quiso retroceder, pero no pudo hacerlo. Se lo impidieron las cajas de cerveza.

El cuchillo de cocina descendió…

Rápido.

Veloz.

Espeluznante.

Se clavó en el pecho de Rod Hollman. Donde el corazón le estaba latiendo atropelladamente.

En esta ocasión, la víctima no gritó.

Aunque de poco le hubiera servido hacerlo.

Aquella cuchillada en pleno corazón no admitía concesiones de ningún tipo.

CAPÍTULO XII

DONNA se había dormido por unos instantes.

Pero se despertó sobresaltada, dándole la impresión de que en el fondo de la trastienda había alguien.

Se dijo que no podía ser. ¿Quién iba a estar en la trastienda a aquellas horas de la noche?

Echó una mirada a su marido, hacia él adelantó la mano para despertarle. Sin embargo, apenas le rozó pensó que se había puesto nerviosa sin motivo y que lo mejor que podía hacer era dejar que siguiera durmiendo.

No obstante, Donna siguió sintiendo la misma sensación. Aún más, le pareció oír pasos en la trastienda.

Medio minuto después se decidía a salir de la cama y a ponerse la bata, anudándosela al talle.

No encendió la luz. Prefirió hacerlo todo a oscuras. Si su marido se despertaba y le preguntaba por qué estaba tan nerviosa, no iba a saber qué responderle.

Salió del dormitorio sigilosamente, cerrando la puerta con el máximo cuidado.

Vio entonces que no había nadie en la trastienda, que todo estaba normal. Pero no había mirado en el cuarto que hada de almacén, donde poco antes escondiera el maletín con las quinientas mil libras. Se propuso echar un vistazo.

Una vez allí, le dio al interruptor de la luz. ¡Y lo primero que vio fue a Rod Hollman muerto, en medio de un charco de sangre!

Fue un milagro que no gritara.

Había retrocedido unos pasos, espantada. Pero los avanzó de nuevo. Como si no terminara de creerse lo que veía.

Desde luego, no cabían dudas, Rod Hollman estaba allí y tenía una herida escalofriante en medio del pecho. ¡Y estaba muerto! ¡Muerto!

Donna se abalanzó hacia los tablones del suelo, hacia la trampa preparada por ella. ¿Seguirían allí las quinientas mil libras? Tenía que saberlo.

Se agachó, y sacó los tablones de su sitio. ¡Y allí sólo se encontró con un vacío total, absoluto! ¡El maletín ya no estaba!

No había que darle más vueltas al asunto. Alguien había matado a Rod Hollman y luego se había llevado el maletín.

¿Quién podía haber sido…?

Orson Wyn.

No cabía suponer otra cosa. Sólo él sabía el lugar donde ella había escondido el dinero. Pero, ¿si era para quitárselo, para qué se lo había entregado? Esto no rimaba.

Pero si había hecho una cosa así, eso significaba que le estaba traicionando.

No, no.

Imposible admitir eso. Orson Wyn la amaba. Como ella le amaba a él. Habían tramado todo aquello para beneficiarse juntos de las ganancias, no para traicionarse a última hora. Estaba seguro de ello.

¿Entonces…?

Decidió salir del bar e ir en busca de Orson Wyn. Único modo de salir de dudas. Bien mirado su casa no estaba muy lejos.

Resultaba imprudente ir a su encuentro, pero Donna se había puesto tan excitada que ya no estaba en consideraciones de calibrar lo que hada Volvió al dormitorio y se vistió. Lo hizo todo a oscuras, y con precaución, con sigilo, se trataba de no despertar a su marido.

Bruce Belsey no se movió. Seguía durmiendo como si no sucediera nada.

Poco después, Donna se ponía el abrigo, abandonaba de nuevo el dormitorio y salía a la calle. Se puso a correr en medio de la noche, en pos del hombre del que, lo quisiera o no, estaba desconfiando.

Tal vez, se decía mientras corría, debió desconfiar de él desde mucho antes. ¿No le había dicho Orson Wyn que por no perder aquel dinero sería capaz de todo, incluso de matar cuantas veces fuera necesario…? Además, ella ya presentía que la muerte de aquel hombre en el callejón, y la muerte de Leo Menneng… Sí, ella ya presentía que esas muertes tenían que ver con el dinero que se disponían a pedir a lord Windon…

Y si un hombre es capaz de matar, ¿cómo no va a serlo de traicionar a una mujer, en ese caso concreto ella…? Tenía que haber llegado mucho antes a esta amarga y decepcionante conclusión.

Donna seguía corriendo por las calles desiertas. Ya le faltaba poco para llegar.

Y ya estaba allí, junto a la casa de planta baja que Orson Wyn había alquilado. Donde más de una vez se habían reunido para hacer el ama.

Hizo sonar el timbre.

La puerta se abrió con relativa premura, apareciendo Orson Wyn, ciertamente sorprendido de verla. Llevaba puesta la peluca blanca y la barba entrecana.

—¿Qué sucede…? —le preguntó él—. Quedamos en que tomaríamos precauciones, y en que no volveríamos a vernos hasta que…

Donna entró, cerrando tras ella. Sólo entonces había de decir.

—Soy yo la que tengo que preguntarte qué sucede.

—¿De qué me estás hablando? —quiso saber Orson Wyn, verdaderamente desconcertado.

—No estaba segura de encontrarte—repuso Donna—. Con sinceridad, temía que ya estuvieras muy lejos de aquí.

—Habíamos quedado, supongo que lo recuerdas…

—Recuerdo perfectamente en lo que habíamos quedado. Pero… pero… —dejó de atragantarse porque de lo contrario no iba a poder ni hablar—me he encontrado muerto a Rod Hollman en la trastienda…

—¿Qué? —se sobresaltó Orson Wyn.

—¿Acaso no le has matado tú…? —Y Donna, ante el sobresalto de él, empezó a pensar que el asesino era otro.

—¿Ya…? ¿Yo matar a Rod Hollman…? ¿Qué motivos podía tener yo para…? —se había puesto lívido.

—Si Rod Hollman se metió en la trastienda, es que sospechaba algo de nosotros, al menos de mí. Y si sospechaba mis de la cuenta, no puede extrañarme que tú…

—Una cosa es organizar un plan como el nuestro —repuso Orson Wyn—. Otra cosa muy distinta es matar a una persona.

—No sería la primera vez que lo hicieras… —observó Donna, aunque no, no estaba muy convencida de lo que decía—. El hombre del callejón, Leo Menneng… Los dos se inmiscuían en nuestro plan, estoy convencida de ello, y de resultas de eso…

—¡Yo no los maté! —exclamó Orson Wyn, totalmente convincente el gesto de su rostro, la expresión de sus ojos y el tono de su voz.

—¿Que no lo6 mataste tú…? —y Donna se quedó sin saber qué decir—. Deduje, por cómo te expresaste la otra noche…

—Yo a mi vez deduje —dijo Orson Wyn—que quizá hablas sido tú quien….

—¿Ya…? —inquirió Donna, horrorizada—, ¿Yo matar a esas dos personas…?

—Dijiste que cualquier extrema incluso matar, debía quedar justificado entre nosotros tratándose de una cifra de dinero como la que estaba en juego.

—Fue sólo un decir —se sofocó Donna—, En realidad, algo muy parecido acababas de decir tú… Dijiste estar dispuesto a matar cuantas veces fuera necesaria porque estabas harto de ser pobre…

—Fue sólo un decir… —Orson Wyn repitió las palabras de ella—. Sólo eso… Sólo eso… —Pero si tú no has sido, y si yo tampoco he sido, ¿quién…? —inquirió Donna.

—Tal vez —dijo Orson Wyn—no tienen nada que ver esas muertes con nuestro plan. —Tienen que ver. Estoy segura.

—Yo también lo creo —convino él.

Tras un corto silencio, que les pesó como plomo derretido sobre los hombros, Donna había de añadir, haciendo aún más electrizante la situación: —Y no sólo me he encontrado muerto a Rod Hollman en la trastienda… Hay algo más… ¡El maletín con las quinientas mil libras

ha desaparecido!

—¡No es posible! —barbotó Orson Wyn.

—Sí, lo es —le aseguró Donna—. He levantado las tablas y en la trampa no hay nada. Por eso te decía antes que temía no encontrarte…

—¡Tiene que estar allí el maletín! —exclamó Orson Wyn—. ¡Sólo tú y yo sabíamos dónde íbamos a dejarlo! Al ver muerto a Rod Hollman debes haberte puesto muy nerviosa y de ello que…

—No, el maletín no está —le aseguró Donna—. ¡Ha desaparecido!

—Seguro que has mirado mal… —insistió Orson Wyn—. Vamos juntos a verlo…

—¡Allí está el cadáver de Rod Hollman! —le recordó, no pudiendo vencer fácilmente sus reparos.

—Buscaremos el maletín —le hizo saber Orson Wyn—y lo encontraremos, ya lo verás… Y antes de que la policía dé con el cadáver y pueda quizá culpamos a nosotros del hecho, pues… pues nos largamos juntos muy lejos de aquí. Como ya tenemos preparados los pasaportes…

—Pero el maletín no estaba… ¡Alguien nos lo ha quitado!

—Tal vez Rod Hollman pretendía eso, quitamos el maletín con el dinero, pero él ha muerto… No ha podido, pues, llevárselo…

—Está claro que se lo ha llevado su asesino.

—No, no queda claro —Orson Wyn no quería aceptar esa posibilidad, se negaba a ello.

Se había afanado demasiado en planearlo todo para ahora admitir que el dinero se le había escurrido de entre los dedos, lo mismo que si fuera agua.

—Si yo te lo digo… —repuso ella.

—¡Seguro que el maletín sigue bajo las tablas, en la trampa que hiciste en el suelo! Los nervios han debido jugarte una mala pasada… Siempre sucede así en según qué circunstancias….

—Te aseguro que no está —repitió Donna.

—Vayamos juntos a verlo… Ya verás cómo… —la cogió de la mano y estiró de ella.

*

Sin hacer ruido habían abierto la puerta del bar, colándose dentro. Donna había sacado la llave del bolsillo de su abrigo, extremando las precauciones porque el dormitorio estaba allí mismo. Aunque confiaban en que Bruce Belsey siguiera durmiendo como un tronco. Solía dormir así aunque sólo tomara una pastilla de aquéllas.

Ya antes de llegar al cuarto donde se amontonaban las cajas de cerveza y demás bebidas, Donna se dio cuenta de que antes, al salir de

allí, se había olvidado de apagar la luz. Por lo que la luz se escapaba a través del pasillo.

Así que no les hizo falta darle al interruptor para que, ya allí, vieran muerto a Rod Hollman. Con una herida escalofriante en el pecho, en medio de un enorme charco de sangre. Sangre que se había espesado y que se estaba poniendo oscura.

Donna fue hacia los tablones, hacia la trampa.

—¿Ves…? —le indicó—. Aquí no hay nada…

Orson Wyn se acercó al agujero. Hincó una rodilla en el suelo y metió sus manos en el vacío, removiéndolas en su interior.

—Nada, no hay nada… —terminó musitando, desolado—. Tenías razón… Tenías razón…

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Donna, angustiada—. Ha desaparecido el dinero y en su lugar tenemos un muerto…

—Será mejor que huyamos —repuso Orson Wyn de pronto—. Lejos de Kiddppon reharemos nuestras vidas.

—Sí, creo que será lo mejor —asintió Donna.

Pero cuando iban a salir del bar, vieron que alguien les interceptaba la salida.

Era Tommy Hewit

Por lo demás, tras él llegaba el inspector de policía, Y Lucy. La muchacha no había querido perderse aquello.

CAPÍTULO XIII

—NO tan aprisa, amigos —les dijo Tommy.

Orson Wyn y Donna se detuvieron, súbitamente inmovilizados. Habían sido cazados con las manos en la masa. Aunque bien mirado no era exactamente así, pues ni tenían el dinero en su poder ni ellos en realidad habían matado a nadie.

—He recelado de los dos desde el primer momento —repuso Tommy seguidamente—. Desde luego, ha llegado el momento de que me lo aclaren todo…

—Nosotros no hemos matado a nadie —dijo Orson Wyn—, Ni somos culpables de nada…

—Lo de matar, dejémoslo para discutirlo más adelante… En cuanto a que no sean culpables de nada, esto ya está demasiado claro como para que pretendan sacudirse el polvo de encima. Lo cierto es que han tramado un burdo plan para engañar a lord Windon…

—No sabemos de qué nos está hablando —repuso Donna, mientras se retorcía las manos.

—Para que se hagan cargo de la inutilidad de negar los hechos — puntualizó Tommy—será mejor que les diga que en la comisaría está Jacqueline… No, ella no les ha traicionado, nada de eso. Cobró por su trabajo y estaba dispuesta a ser discreta, según lo acordado. Pero yo he ido en su busca, he dado con ella, la he puesto entre la espada y la pared, y la chica ha acabado confesándolo todo… No, no me ha costado localizarla en una ciudad grande como Londres… Y es lógico que haya sido así, antes había dado con el paradero de quien, aquí en Kiddppon, se hizo pasar por su padre…

Tenía una fotografía suya, ¿saben? Fui directo a la policía, para ver si estaba fichado…

Sí, lo estaba, por hurtos de coches, robos a pequeñas tiendas… En fin, que todo me ha resultado muy sencillo…

Orson Wyn comprendió que ya era tarde para negar los hechos. Al menos era tarde para negar esos hechos de los que, ciertamente, era responsable.

Se decidió a admitirlos. Otra cosa hubiera resultado ya total y absolutamente absurda.

—Sabiendo que la hija de lord Windon iba a morir, me propuse prepararlo todo para que, llegado el momento, fuera fácil sacar una buena tajada a todo el asunto… —empezó explicando Orson Wyn—, Amparándome en mi trabajo en los escenarios y haciéndome pasar por un hombre de poderes sobrenaturales… Si, estaba convencido de que el plan me saldría redondo… Pero para asegurarme el éxito, debía recurrir a alguien… Pensé en Jacqueline, a quien conocía hace

tiempo…

—Se le ocurrió pedirle que viniera a vivir a Kiddppon —dijo Tommy—con su padre… Que como ya ha quedado dicho, no era su padre, sino un simple y vulgar ladrón…

—Sí —afirmó Orson Wyn—, les contraté para ese trabajo. Un trabajo sin excesivas complicaciones, que podrían desempeñar con suma facilidad. Se trataba —hizo constar—de que pared eran un padre y una hija, honrados y respetables… Y se trataba, asimismo, de que Jacqueline enamorara locamente a algún muchacho de la localidad…

—Poco debió costarle el hacerlo así, ¿no es eso? —inquirió Tommy —, Es una muchacha muy guapa, y que de ingenua no tiene nada, por decirlo de alguna manera…

—No, no le costó —repuso Orson Wyn—, De ello que enseguida enamorara a Rod

Hollman y a Leo Menneng.

—Conseguido lo cual —prosiguió Tommy—hicieron ver que enfermaba. Que cogía una pulmonía, que se agravaba y que moría… Todo en menos de tres días… Desde luego, para que todo aquello tuviera visos de autenticidad, necesitarían de algún narcótico que produjera rigidez mortuoria… Había que cubrir las apariencias cuando los vecinos fueran a dar el póstumo adiós a la pobre muchacha que perdía la vida en la flor de la juventud… Bueno, un narcótico o algo así, para el caso viene a ser lo misma… Y para que todo tuviera visos de autenticidad, también necesitaron del viejo doctor Dooper… De lo contrario hubiera faltado el certificado de defunción… No, no tengo en la comisaría al viejo doctor Dooper —añadió el detective—. Pero se deduce fácilmente que sucedió así…

—Sí, desde luego —repuso Orson Wyn—, compré al viejo doctor Dooper. Un hijo suyo, que vivía en la ciudad, estaba seriamente comprometido debido a ciertas deudas de juego. Su padre quería salvarle y no sabía cómo…

—Por lo que respecta al falso entierro —empezó a decir Tommy—. Si no hubo ninguna muerte, nada fue en serio…

—Se enterró un ataúd vacío, o mejor dicho, un ataúd con dos sacos de arena en su interior. Los sepultureros no habían de darse cuenta de que el ataúd pesaba demasiado poco.

—Y todo quedó dispuesto, pues, para que transcurridos unos meses usted pudiera demostrar que, gracias a su poder mental, a su fuerza psíquica, una muerta abandonaba su mundo de tinieblas para retornar a este de luz…

—Para poder demostrar eso, me bastó decir a Jacqueline que apareciera aquí, en el bar, en el momento oportuno… ¿Cómo llegar hasta aquí sin que nadie la viera? Por la puerta de la trastienda, la que da al patio, y por la pequeña puerta de la tapia que da al callejón.

Donna le facilitó una copia de las llaves. Así que pudo entrar y salir según le conviniera hacerlo… Pero las cosas han terminado saliendo mal —reconoció Orson Wyn—y el dinero que he conseguido sacar a lord Windon…

—Le ha desaparecido, ¿no es eso? —preguntó Tommy—. Sí, claro, imagino su sorpresa al darse cuenta de que no es usted el único malo.

—Es extraño —comentó seguidamente Donna—que mi marido no se haya despertado con nuestras voces.

—Para que se despertara —dijo Tommy—tendría que estar dormido. Y hace ya rato que ha salido de aquí…

—Imposible. Está durmiendo —repuso Donna—, Le he dejado en la cama apenas hace…

—Me parece que ha confundido a su marido con el bulto que hada su almohada colocada en sentido inverso.

—¿Cómo…? —se asombró Donna.

—Cuando usted ha salido de aquí, su marido ya lo había hecho.

—¿Cómo…? —y el asombro de Donna crecía.

—Ahora lo comprendo —barbotó Orson Wyn—, ¡Ha sido él quien ha matado a Rod Hollman!

—Sí, Bruce Belsey es el asesino que estamos buscando —dijo Tommy. Quien agregó—: Pero no, no sabía que Rod Hollman hubiera muerto.

*

Donna había de explicar cómo se las había arreglado, o creía habérselas arreglado, para que su marido durmiera profundamente mientras ella se reunía con Orson Wyn.

—Bruce Belsey —repuso Tommy—debió advertir lo que usted pretendía hacer… Seguro que cambiaría las pastillas por otras… Por otras inofensivas, por descontado…

—Nunca imaginé que mi marido pudiera estar sospechando de mí —reconoció Donna.

—Este cabello blanco no es auténtico —dijo Orson Wyn acto seguido, y se quitó la peluca—. Tampoco lo es esta barba entrecana… —e hizo lo mismo, se la quitó—. Yo suponía que, haciéndome pasar por un hombre viejo, nunca inspiraría los recelos del marido de Donna.

—Pues ya lo está viendo, se equivocó de pleno —manifestó Tommy.

—Le suponía un pobre hombre, que arrastraba acomplejado su cojera —repuso Donna—. Pero, dígame —quiso saber de pronto—, ¿cómo es que no le ha detenido si le ha visto salir de aquí con el maletín?

—Le he visto salir —dijo Tommy—, pero es de noche y no he podido darme cuenta de si llevaba o no el maletín. Pero presumía que lo llevaba, con el dinero que lord Windon ha sacado esta mañana del banco. Si, esta misma mañana pude intervenir y hacer que lord Windon no cayera en la trampa que ustedes le estaban tendiendo. Pero se trataba de llegar al fondo del asunto y de averiguar quién era el asesino cuya identidad se nos escapaba. Desde luego, al ver salir a Bruce Belsey he presumido que llevaba consigo el dinero… Y claro, no iba a permitir que se esfumara con las ganancias. Así que me he puesto en contacto con el inspector… En estos momentos todas las salidas de Kiddppon están cortadas. No podrá escapar.

—¿Y nosotros…? —preguntó Donna, comprendiendo que el futuro no se les presentaba muy risueño—. ¿Qué va a ser de nosotros…?

—Nos tocará pagar en la medida que nos lo hemos merecido —ironizó Orson Wyn.

—Sospecho que si —dijo Tommy.

Poco después, Tommy Hewit, Lucy y el inspector de policía subían a un coche.

Se trataba de localizar a Bruce Belsey. De detenerle.

CAPÍTULO XIV

BRUCE BELSEY era un hombre celoso, tal vez porque tenía una esposa demasiado joven y llamativa.

Pero nunca había exteriorizado sus celos, no queriendo ser el hazmerreír de nadie. De ello que Donna hubiera llegado a creer que su marido no se preocupaba por nada, teniendo una absoluta confianza en ella.

Sin embargo, lo cierto es que Bruce Belsey siempre estaba recelando de sus idas y venidas. Incluso cuando no había motivos para ello.

En una ocasión, sin embargo, a poco de llegar a Kiddppon aquella compañía de teatro especializada en números de suspense y terror, Bruce Belsey desconfió con motivos.

De ello pudo darse cuenta cuando una noche siguió a su esposa. Pudo seguirla después de no haberse tomado el somnífero que ésta acababa de ofrecerle con la más ingenua e inofensiva de las expresiones.

Hizo ver que ingería el somnífero, pero simplemente fingió hacerlo. Había visto una mirada especial en Donna, así que había recelado más que nunca.

Ya junto a la casa de planta baja a la que Donna llamó y entró poco después, Bruce Belsey se dijo que tenía que matarla. De él no se burlaba nadie.

No obstante, había de cambiar de parecer. Para eso le bastó saltar la valla de madera que por la parte de atrás bordeaba el diminuto jardín, y oír a través de una ventana entreabierta la siguiente conversación: —Todo nos saldrá perfecto, Donna. Y cuando seamos fabulosamente ricos podremos amarnos lejos de aquí, sin tener que escondemos de nadie.

—¿Crees de veras que lord Windon no desconfiará, no sospechará de ti?

—Seguro que no. Desgarrado por su dolor, destrozado por su sufrimiento, caerá en una ciega ofuscación de la que no saldrá hasta que tú y yo nos hayamos llevado el dinero… Por cierto, una vez conseguido te lo daré a ti. Y tú, Donna, lo esconderás en la trastienda del bar… En un lugar que de antemano prepararás…

—De acuerdo, Orson. Pero, ¿y respecto a la muchacha que hará de muerta resucitada? ¿Puedes seguir fiándote de ella?

—Sí, puedo seguir fiándome de ella. Y también del que hace unos meses hizo de su padre. Ya también puedo fiarme del viejo doctor Dooper.

La conversación no concluyó aquí. Siguió. Durante largo rato.

Y Bruce Belsey se enteró de todo. Absolutamente de todo.

Lo cierto es que había dejado de sentir celos. De súbito, la más terrible ambición se había apoderado de él. Como una llama capaz de envolverlo todo.

¡El dueño de una gran fortuna! ¡El siendo la envidia de cuantos le rodearan!

Y podía tenerlo sencillo, sumamente sencillo.

Haría ver que no se daba cuenta de nada y les dejaría hacer. A los dos. Tanto a Donna como a Orson Wyn.

Después, cuando ya hubieran conseguido el dinero y lo escondieran en la trastienda, él lo cogería y se lo llevaría.

Así de fácil.

Pero a la hora de la verdad las cosas se complicaron.

Vio a uno de sus parroquianos, uno que solía llevar la camisa a cuadros, fisgoneando por el oscuro callejón, evidentemente espiando algo. Supuso que sabía lo que Orson Wyn y Donna se llevaban entre manos y temió que lo echara todo a rodar.

Así que, sin pensarlo mucho, fue en busca de un cuchillo de cocina y se lo clavó en la espalda.

Luego se escondió, a tiempo de que no le viera Jacqueline, que estaba por allí. Sin duda porque Orson Wyn le había pedido que se metiera en el patio del bar por si necesitaba de ella alguna nueva aparición.

No, Jacqueline no reparó en el hombre al que él acababa de asestar una cuchillada. Mejor así. Mucho mejor.

Respecto a Leo Menneng sucedió algo parecido. Aunque en esa ocasión Bruce Belsey había de actuar con más conocimiento de causa. Oyó cómo Leo Menneng hablaba con Jacqueline, en la misma carretera. Y se dio cuenta perfectamente de que a Leo Menneng no iba a engañarle nadie. Era un muchacho demasiado moderado y juicioso para que hiciera mella en él una muerta viviente.

Todo ello equivalía a un indudable e incuestionable riesgo. Que, sin lugar a dudas, iba a dar al traste con los sueños que él se había forjado. O mejor dicho, darían al traste si él no actuaba en consecuencia…

Y bien mirado, si llevaba un cuchillo encima ¿a qué esperar a una ocasión mejor? Ninguna mejor que aquélla.

Acabó con Leo Menneng.

Creyó que no tendría que volver a matar. No es que le importara demasiado hacerlo, pero prefería no tener que arriesgarse de nuevo.

Sin embargo, cuando fue en busca del maletín a la trastienda, se vio sorprendido por Rod Hollman. O al menos creyó que éste le había visto. Tuvo que actuar de nuevo.

Como también tuvo que actuar aquel día, dándole al detective un

buen golpe en la cabeza privándole del conocimiento. Estaba metiéndose demasiado en todo aquello. Pero, claro, en ese caso concreto sólo se trató de un golpe. Que no revistió consecuencias.

En fin, lo peor había pasado ya.

Tenía el dinero en su poder, dentro del maletín de cuero negro con cierres dorados, y el coche iba rápidamente por la carretera.

Había dejado su coche bastante lejos del bar, para despistar mejor. De este modo, si era vigilado por el detective Tommy Hewit, o por quien fuera, creerían que salía dispuesto a hacer el camino a pie. Sería un modo como otro de engañarles.

Pero había subido al coche así que llegó al lugar donde lo había dejado, y ahora se disponía a alejarse con la máxima rapidez posible.

Le había parecido, al abandonar el bar, que alguien estaba cerca de allí, pendiente de quien pudiera salir o entrar. ¿O simplemente se lo había parecido?

Como fuera, lo único que ahora debía importarle era abandonar Kiddppon y no volver por aquellos lugares en el resto de su vida.

Pero, ¿qué es lo que estaba viendo…?

La carretera estaba cortada. La policía la interceptaba.

Bruce Belsey soltó una imprecación, deteniendo el coche en seco.

No, no podía seguir por ahí. De hacerlo sería cazado como un conejo.

Sin duda, dedujo, sería el detective Tommy Hewit el que le había visto salir del bar. Sería él, pues, quien habría puesto en aviso al inspector.

Se decidió. Saldría del coche, con el maletín, esto no hace ya falta decirlo, y a campo traviesa se iría hacia el cementerio. Una vez allí cogería el atajo que llevaba a la vecina localidad. Era un atajo que no todos conocían.

Lo dicho. Abrió la portezuela y se apeó. Su mano sujetaba fuertemente el maletín.

Empezó a andar todo lo rápidamente que pudo, si bien su cojera no le permitía hacerlo con la ligereza deseada. De todos modos, en poco tiempo llegaría al atajo del cementerio.

Pero en aquel momento, de la manera más tonta, tropezó con una piedra y unos hierbajos, y cayó de bruces al suelo.

Bueno, se levantaría y aquí no ha pasado nada.

¡Pero qué horrible dolor sintió de pronto en la pierna derecha! Debía habérsela roto.

El cojeaba de la pierna izquierda, y siempre que se daba un golpe, o se caía, o lo que fuera, era esta pierna la que sufría el percance. Sin embargo, en esta ocasión había sido la pierna derecha la que se le había fracturado.

Sí, debía haber sufrido una rotura de tibia. O de tibia y peroné. Sus

fuertes dolores así se lo hacían temer.

Intentó ponerse en pie, pero tuvo que claudicar. El dolor que sentía en su pierna derecha era demasiado intenso, y la pierna izquierda, por su lado, no podía hacer más de lo que hacía.

¿Qué iba a ser de él…? ¡Maldita suerte la suya! ¡Por culpa de aquella caída iba a ser detenido!

De nuevo intentó ponerse en pie. Nada. No había nada que hacer. Lo único que hizo es lanzar lastimosos ayes.

En eso, vio que alguien se acercaba entre las sombras de la noche.

No reparó en quién era hasta que le tuvo muy cerca.

Entonces, al reconocerle, se estremeció. Como si un mal presentimiento le llegara envuelto en un sudario de muerte.

—¿Qué le sucede? —le preguntó lord Windon, solícitamente—. ¿Se ha caído…?

—Sí, sí —dijo Bruce Belsey—, y creo que me he roto una pierna.

—¿Quiere que le ayude? —se ofreció.

—Lamentaría molestarle.

—No se preocupe.

Lord Windon había estado en el cementerio, llamando una y otra vez a su hija. Pronunció tantas veces su nombre, quedamente al principio, más fuerte después, finalmente a gritos desesperados, que había acabado ronco, casi sin voz.

Y un exasperado coraje, un frenético furor, una incontrolable furia se adueñaron de él al comprender que había sido engañado por aquel hombre que decía poseer poderes sobrenaturales. ¡Hubiera querido tenerlo cerca para ahogarlo con sus propias manos! Pero no debía hacerse ilusiones, habría cogido el dinero y estaría ya muy lejos de allí.

Pero lord Windon controló su coraje, su furor, su furia, al darse cuenta de que un pobre hombre se había hecho daño, y mucho. Porque a juzgar por sus ayes resultaba evidente que así había sido.

—Ande, apóyese en mí y procure levantarse… —dijo lord Windon —. ¿Cree que podrá dar unos pasos…? Mi casa está muy cerca… Una vez allí ya podrá ser debidamente atendido…

—Pero… pero… —objetó Bruce Belsey, a quien no te hada la menor gracia abandonar el maletín.

Pero no, por descontado que no podía cogerlo. De hacerlo, lord Windon lo reconocería en el acto y…

Cometió la torpeza de mirar hacia el maletín. Fue aquélla una mirada puramente instintiva, por descontado. Pero que había de costarle muy cara.

—¿Cómo…? ¿Qué hace aquí mi maletín…? —barbotó lord Windon. Y no necesitó explicación ninguna para responderse a sí mismo—: ¡Ya lo sé, usted es Orson Wyn! ¡El farsante, el embaucador

que me ha hecho creer que Sarah podría volver a mi lado…! ¡El hombre que me ha robado quinientas mil libras!

Lord Windon había soltado el brazo del impedido.

Este cayó de nuevo al suelo, lanzando un grito de dolor. Un dolor que no le impidió comprender en el riesgo que estaba, así que se defendió.

—No, no… Yo no soy Orson Wyn… Yo soy el dueño del bar del callejón… Usted estuvo allí… ¿Acaso no se acuerda de mí?

—¡Usted es Orson Wyn! —exclamó lord Windon, convencido de ello, obcecado, ciego—. Sólo que antes llevaba el cabello blanco y la barba entrecana… Pero, claro, se ha quitado la peluca y también la barba… No lo he olvidado, usted mismo me dijo que iba caracterizado… Claro, ahora pretende que nadie le conozca… Para llevarse tranquilamente el dinero, ¿eh?

—No, yo le aseguro que no soy Orson Wyn —repitió Bruce Belsey.

—Entonces, ¿qué hace aquí mi maletín? ¿O cree que no lo reconozco? De piel negra, con los cierres dorados… Es el mismo… Y dentro tiene que estar mi dinero…

Se agachó, cogió el maletín y lo abrió.

Allí, claro está, estaban las quinientas mil libras.

—¡Usted es Orson Wyn y va a pagar el más alto precio el haberse burlado de mi cariño, de mi adoración de padre…! —bramó lord Windon, furibundo, incontrolado.

Y de un modo totalmente iracundo, frenético, desquiciado, se agachó de nuevo. Esta vez cogió una piedra.

Una piedra de tamaño más que regular. De ello que tuviera necesidad de sujetarla con ambas manos.

—¿Qué va a hacer…? —se asustó Bruce Belsey, e intentó de nuevo ponerse en pie.

Todo inútil. Siguió sentado, en la misma postura, incapaz de moverse de donde estaba.

La piedra descendió con fuerza y le dio en la cabeza, en medio del cráneo.

Un reguero de sangre fluyó de la herida.

—No, no haga eso… —gimió Bruce Belsey—. Yo no soy Orson Wyn… Le juro que no…

La piedra había vuelto a dar en su cabeza. De nada había servido que esta vez levantara los brazos intentando defenderse.

Otro nuevo reguero de sangre, esta vez cayéndole sobre los ojos u cegándole.

—No, no soy Orson Wy…

De nuevo descendió la piedra. En esta ocasión aún con más fuerza. Con tanta fuerza que la cabeza de Bruce Belsey quedó materialmente partida en dos. Apareció la masa encefálica.

Y lo cierto es que lord Windon siguió dándole, una y otra vez, hasta que acabó con el último aliento de aquel hombre.

Entonces, sólo entonces, se echó a reír.

Y aún seguía riéndose, demostrando que había perdido la razón, que se había vuelto rematadamente loco, cuando Tommy Hewit y Lucy llegaron allí con el inspector.

Vieron, pues, d cráneo abierto de Bruce Belsey. Un boquete realmente escalofriante. Y vieron la expresión aterrorizada que le había quedado, fiel imagen de todo el horror experimentado en los últimos instantes.

También vieron el maletín

No así los billetes. Al menos no dentro del maletín.

Se habían levantado unas fuertes ráfagas de viento, y se los estaba llevando de aquí para allá.

Tommy abrazó a la muchacha.

—No mires —le dijo—. Si lo haces vas a desmayarte. Pero ella había mirado y él estaba ya cogiéndola en sus brazos para que no fuera a parar al suelo.

FIN

MORBO

UN MAGAZINE DE TERROR PARA PASARSELO DE MIEDO



Para los aficionados al Comic a los relatos terroríficos y al Humor Negro

DE APARICION QUINCENAL

9 788402 025067
00546

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PRECIO EN ESPAÑA 60 PTAS.

Impreso en España